

Tejada

POESIA



DRPS  
FA  
548

UNIVERSITAT D'ALACANT  
Biblioteca Universitaria



0500767726



Tejada.

POESIA

Ex Libris



Russell Perry Sebold III

FL DRPS FA/0548

0560767726

Al distinguido arquitecto Don Andrés  
Hernández Vallejo, un buen amigo

Patricio Aguirre  
de fajada

POESÍAS.

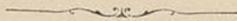
50

1.500

# POESÍAS

DE

D. PATRICIO AGUIRRE DE TEJADA.



MADRID

IMPRENTA DE T. FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

—  
1872

Á

LA EXCMA. SEÑORA

DOÑA FERNANDA VILLAROEL Y GOICOLEA

Marquesa de San Saturnino, Vizcondesa de la Frontera

EN PRUEBA DE FRATERNAL AFECTO.

LA PRIMERA PAGINA.

---

Musa gentil, tesoro de hermosura,  
Tú de mi corazón querida hermana,  
A mis ojos más cándida y más pura  
Que el astro precursor de la mañana:  
Ven junto á mí, y emblema de ternura  
La cifra de tu nombre, soberana,  
Pueda llenar ¡oh dulce compañera!  
De este libro la página primera.

No en verde márgen de sereno lago,  
Surgió dulce vision encantadora,  
Cual la ilusión que á tu feliz halago  
El alma y los sentidos enamora;  
Si con firmeza tus favores pago,  
Es que tenaz mi corazón te adora,

Y sólo quien se precia de constante  
Puede ser fino y verdadero amante.

¿Quién eres? no lo sé; nunca tu acento  
Mis oídos absortos escucharon;  
Los blandos ayes de tu dulce aliento  
Nunca con mis suspiros se cruzaron;  
Tu purísimo y noble pensamiento  
Jamás mis pensamientos encontraron,  
Mas por do quier mi espíritu lo siente  
Flotar como la luz en el ambiente.

Castísima y honesta cual ninguna,  
Tu amistad y tu fé son mi alegría;  
Fué mi dicha mayor y mi fortuna  
Siempre andar en tu dulce compañía;  
Amable, cariñosa y oportuna,  
La virtud de tu pecho fué mi guía;  
Que si tan bella la virtud no fuera,  
Hermosa por ser tuya la creyera.

No acierto dónde, ni recuerdo cuándo,  
Tu fraternal amor me prestó abrigo;  
Sólo sé que los años van pasando,  
Pero tú quedas sin cesar conmigo;  
Cuando callo, contigo estoy hablando,  
Y cuando solo estoy, estoy contigo;  
Pues milagros haciendo mi deseo,  
Sin ver te miro, y sin mirar te veo.

Hombre al fin, hecho de miseria y lodo,  
Tu grandeza infinita me anonada;  
Comparándote á mí, tú lo eres todo,  
Comparándome á tí, yo no soy nada;

De cualquier forma, por distinto modo,  
Entre los dos existe, prenda amada,  
Más distancia que miden en su vuelo  
Los carros de la noche por el cielo.

En tí reside el bien; cándida y buena,  
Jamás á vil pasión distes asilo;  
Libre y exento de traidora pena,  
Late feliz tu corazón tranquilo;  
En tu sien reverdece la azucena  
Que vió cortado de su vida el hilo,  
Y brota en pos de tus divinas huellas  
El fulgor inmortal de las estrellas.

¡Oh! no me dejes nunca, no abandones  
A quien en tí su bien fija y alcanza;  
Si han de morir tal vez las ilusiones,  
Que no se acabe nunca la esperanza;  
Colmándote de santas bendiciones  
En pos de tí la inspiración me lanza,  
Y brota luego con riqueza suma  
Al rozarla tus alas con su pluma.

Cuanto sepa guardar mi pecho ufano  
De profundo y amante sentimiento;  
Cuanto pueda soñar delirio vano;  
Cuanto logre abarcar mi entendimiento,  
Si tú lo admites con semblante humano,  
Me llenarán de dicha y de contento;  
Que á tí te deberé, musa querida,  
Los instantes más bellos de mi vida.

Y vosotros, sensibles corazones,  
Que al mal haciendo generoso espanto,

Ansiosos de sublimes emociones  
De la rima buskais el tierno encanto,  
No temais escuchar en mis canciones  
Nada que ofenda vuestro celo santo;  
Que yo, siempre, á la dulce poesía  
La respeté como á la madre mia.

Nunca del vicio los alardes feos  
Mancharán de mis versos la pureza;  
En palabras, acciones y deseos,  
Será el pudor mi timbre de nobleza;  
Que de la gaya ciencia los trofeos,  
Radiantes de verdad y de limpieza,  
Nunca deben de vírgen inocente  
En rubor encender la blanca frente.

Leed, y si despues de haber leído  
Algun placer en vuestro pecho queda;  
Algo que, noble, puro y desprendido,  
Alzar el vuelo de la mente pueda,  
No verde lauro en galardón os pido,  
No aplauso quiero, que justicia veda;  
Si prez y gloria mi ambición rehusa,  
Gloria y prez sean de mi dulce musa.

## SERENATA .

---

Te quiero más que al aura  
Quiéren las flores,  
Más que á la selva oscura  
Los ruiseñores;  
Más que á la rosa,  
En cuyo seno vive  
La mariposa.  
Más que el sol á la aurora,  
Y al mar el río,  
Que á las nevadas cumbres  
El cierzo frío;  
Más que la hiedra  
Al carcomido muro  
De negra piedra.  
¿Y sabes por qué tanto,  
Niña, te adoro?

Porque eres de inocencia  
 Rico tesoro;  
 Porque tu alma  
 Del candor guarda oculta  
 La dulce calma;  
 Porque cuando á tus solas  
 Sueñas amores,  
 Tus mejillas empañan  
 Rojos colores;  
 Porque amar sabes  
 Con más pureza, niña,  
 Que aman las aves.  
 Porque un corazón tienes,  
 Gacela mía,  
 Que del amor comprende  
 La poesía;  
 Sensible y bueno,  
 Y al par, como tu rostro,  
 De gracias lleno.  
 Ya sabes, dulce prenda,  
 Por qué te adoro,  
 Por qué en tí de ilusiones  
 Miro un tesoro;  
 Por qué te quiero,  
 Por qué en tus bellos ojos  
 De amor me muero.  
 Tú eres la sensitiva  
 De mis amores;  
 Por eso te amo, niña,

Más que á las flores  
 Quiere el rocío,  
 Más que el sol á la aurora,  
 Y al mar el río.

## EL INVIERNO.

---

Es el invierno: con fragor terrible  
Fiero aquilon entre los montes zumba,  
Y sus ecos penetran en el alma  
Como gemidos de dolor y angustia.

Ya las postreras brisas del otoño  
Las ramas de los árboles desnudas  
Dejaron de sus hojas, que ántes fueran  
Gala y adorno de la selva oscura.

Y el sol que levantándose tardío,  
La azul esfera perezoso cruza,  
Do quier sus rayos pálidos derrama,  
No más que duelo y soledad alumbra.

¿Qué fueron los alados cefirillos  
Que en primavera plácidos murmuran,

Ayes fingiendo y derramando aromas  
Que los sentidos al pasar adulan?

¿Dónde el bullir sonoro de la fuente  
Que, al saltar deshaciéndose en espuma,  
Daba á los aires mágica armonía,  
Daba á las flores virginal frescura?

¿Y aquella enamorada golondrina  
Que, alzando el vuelo con torcida curva,  
En pos iba de ausente compañero,  
Palpitante de amor y de ternura?

Hoy su nido encontré bajo las vigas  
Que mi ventana guardan de la lluvia,  
Solitario y vacío, como queda  
De niño muerto abandonada cuna.

En vano el roble que arrostrara altivo  
De cien tormentas la indomable furia,  
A la segur del leñador cediendo  
Cálido ambiente en el hogar procura.

En vano, sí, porque á la par que fuera  
Se oye la voz del viento que murmura,  
Las ilusiones que abrigara el alma  
Parece que se van una por una.

Triste es tu faz, aterrador invierno,  
Cuando helechos y céspedes ocultas  
Bajo cándida nieve, cuyo manto  
Por montañas extiendes y llanuras.

La que ayer fuera vaga nubecilla,  
Leve y ligera cual flotante pluma,  
Hoy es niebla tenaz que el hondo valle  
En lobreguez y oscuridad sepulta.

Y si de noche, despejada y clara,  
 Con límpido fulgor brilla la luna,  
 Sólo en turbios torrentes se retrata,  
 O en duro hielo que el mirar ofusca.

Mas tambien es verdad que si á tu soplo  
 Las pardas nubes con furor se agrupan,  
 Y los añosos troncos en astillas  
 Haces volar con indomable furia;

Si largas noches al dormido mundo  
 En tinieblas envuelven y circundan,  
 Y de tu sol el macilento disco

No más que duelo y soledad alumbra,

Tambien es cierto, invierno tenebroso,  
 Que los campos con tu hálito fecundas,  
 Y el gérmen viertes en el duro suelo  
 Que ha de volver al prado su verdura.

Que si tiene la alegre primavera  
 Flores mil que la atmósfera perfuman;  
 Si musgo tiene la escarpada roca,  
 Y dulce sombra la arboleda oscura;

Si el pobre labrador que sembró afanes,  
 Vé en cada tallo que precoz apunta,  
 Brotar una esperanza lisonjera  
 De bienestar y de riqueza suma,

De tí el prado á tomar volvió las galas  
 Que le arrancaste al fin con mano ruda,  
 Luego que el sol canicular de Agosto  
 Seca dejó y marchita su hermosura.

Y agua distes al líquido arroyuelo,  
 A la tranquila y plácida laguna,

Y de la nieve que en los montes dejas  
 Llevan las blandas brisas su frescura.

Yo te bendigo, sí, nevado invierno,  
 Con tus nieblas que el aire triste enlutan;  
 Yo te bendigo con tus negras sombras  
 Que dichas mil para despues anuncian.

Y así, cuando las brisas del otoño  
 Las ramas de los árboles desnudas  
 Dejen ya de sus hojas, vuelve presto  
 Aunque llenes el mundo de tristura;

Mi corazon te esperará gozoso;  
 Que, á través de los vientos y las lluvias,  
 Venir verá la alegre primavera  
 Entre los pliegues de tu manto oculta.

A UN PENSAMIENTO.

---

Cuando modesta y galana,  
Flor preciada entre las flores,  
Luces tus bellos primores,  
Cual de todas soberana;

Mi corazón palpar  
Sintiendo gozoso al verte,  
Corre hácia tí, como inerte  
Corre la fuente á la mar.

Porque unido á tu existencia  
Mirar'creo un raro sér  
Que te hace pensar y ver,  
Y te presta inteligencia;

Y á veces halla mi amor  
Al mirarte, flor preciosa,

Que eres, quizá, mariposa  
Casi tanto como flor.

Pues para más aumentar  
De tu hermosura las galas,  
Parece que tienes alas  
Y que no quieres volar;  
Y cuando fijar en tí  
Logro la mirada ansiosa,  
Me encuentro, flor misteriosa,  
Con que me miras tú á mí.

Comprendo bien el intento  
Y lo que en tí adivinó  
Quien el nombre imaginó  
Ponerte de *Pensamiento*;

Pues, si acierto á meditar,  
No sé, bella flor, si crea  
Que ocultas alguna idea  
Y no la puedes contar.

De blando aroma carece  
La mágia de tu belleza:  
Riesgo corre la pureza  
De una flor cuando le ofrece;

Y si tú, prudente y fiel,  
Guardas avara tu aliento,  
Bien haces; de darle al viento,  
Pudieras quedar sin él.

Pero en cambio, quizá sabes  
Lo que ignoran otras flores,  
El lenguaje y los amores  
De las fuentes y las aves;

Y si en giro baladí  
 Leves al pasar suspiran,  
 Quizá las auras te inspiran  
 Como me inspiras tú á mí.

Adios, flor; si mi cancion  
 Puedes haber escuchado,  
 Bien sabes tú que ha brotado  
 Del fondo del corazon;

Adios, porque ya venir  
 Se mira la noche densa:  
 Duerme, si una flor que piensa  
 Puede, cual otras, dormir;

Y mientras nuevo rocío  
 Te infunde vida y aliento,  
 No te olvides, *Pensamiento*,  
 De que hácia tí vuela el mio.

DESPUES DE UNA NEVADA.

---

Ayer cuando pausada, desde el cielo,  
 La nieve en álbos copos descendia,  
 Libre dejando de la mente el vuelo,  
 Así prorumpió alegre el alma mia:  
 Cuán grande eres, oh Dios; en vano airado  
 Se enturbia el firmamento,  
 Porque á través del lóbrego nublado  
 Te vé mi pensamiento.  
 Y si grande te ostentas cuando puro  
 Brilla el azul del cielo,  
 Más grande te hallo en el turbion oscuro  
 Que alza montes de hielo.  
 Hoy como nunca lleno de alborozo,  
 Señor omnipotente,

Himnos cantara yo de inmenso gozo  
 Y gratitud ardiente.  
 Porque con esa nieve, que del llano  
 La sequedad mitiga,  
 Tú sabes luégo hacer que cada grano  
 Se trueque en una espiga;  
 El labrador premiada su constancia  
 Verá con tantos dones,  
 Y lloverá en su casa la abundancia  
 Que dan tus bendiciones.  
 ¡Cuán grande es el varon que de la ciencia  
 Con los tesoros brilla!  
 Mas igualar no puede en tu presencia  
 Al que te vé y se humilla.  
 Cuantos sumidos en miseria insana  
 Llorais males prolijos,  
 Temed á aquel que os dá cada mañana  
 El pan de vuestros hijos.  
 Los que jamás hallásteis de la suerte  
 Contraria el torbo ceño,  
 Temed á aquel que iguala con la muerte  
 Al grande y al pequeño.  
 Y porque más en vuestro pecho encienda  
 La fé su antorcha pura,  
 Un corazon rendidle por ofrenda  
 De amor y de ternura.  
 Todos venid los que en dichosa calma  
 De Dios sois servidores,  
 Cuantos intacta guarden en el alma  
 La fé de sus mayores;

Y al dulce son de los celestes coros,  
 En mística armonía,  
 Alabadle con címbalos sonoros,  
 Con arpas de alegría.  
 Él es el Dios que con amor profundo  
 Hacia su ingrata hechura,  
 Nacer de una mujer quiso en el mundo,  
 Cual débil criatura:  
 Cien siglos de tinieblas espiraron,  
 Y, en enlace sin nombre,  
 Los cielos y la tierra se juntaron,  
 Trocóse el Verbo en hombre.  
 A las mansiones de Luzbel, impuras,  
 Huyó la impía guerra,  
 Y con la bendicion de las alturas  
 La paz bajó á la tierra.  
 Rogad por esta paz, que eternamente  
 Luzca en dias serenos;  
 Por esta paz que el cielo omnipotente  
 Tan sólo dió á los buenos;  
 Y á aquellos que en negarla se recrean,  
 Y con la duda luchan,  
 Aquellos que no importa oigan y vean,  
 Pues no miran ni escuchan,  
 Triunfante la verdad arranque en breve  
 De fé dulce tributo,  
 Como agostado yermo á quien la nieve  
 Arranca ópimo fruto.

A UNA NUBE.

Miradla cuán gallarda, con rápida carrera,  
Levántase la nube del sol al resplandor,  
Y el puro azul rompiendo de la infinita esfera  
Extiende por el aire sus alas de vapor.

Apenas há un momento dejaba el horizonte,  
Como acosada y presa de inextinguible afán,  
Y ya la cumbre toca del empinado monte  
Cuyas perpétuas nieves frescor le infundirán.

Acaso por el céfiro aléjase impelida  
A fecundar los campos del pobre labrador,  
Benéfica vertiendo los gérmenes de vida,  
Trocando yermo estéril en tierra de verdor.

Quizás al contemplarla cansado navegante  
Con poderoso esfuerzo las velas izará,

Mirándola presagio de viento más constante  
Que á la remota playa su barco empujará.

Quizá dentro de poco los cándidos vapores  
Que formas y belleza prestaron á su sér,  
Del huracan deshagan los hórridos furores  
Y en los revueltos aires se vayan á perder.

Tal vez se agita el rayo dentro su hueco seno  
Que fecundara el soplo de indómito aquilon;  
Bajo su manto bulle, quizá, terrible trueno,  
Y son sus puras aguas las aguas del turbion;  
Ó en pos de la tormenta que al cabo fatigada  
Disípase llevando terror y lobreguez,  
Del iris de colores la faz iluminada,  
La vuelta de la calma presagiará tal vez.

¡Quién sabe! Nunca el hombre con poderosa mano  
Podrá el tupido velo rasgar del porvenir;  
Si lo que toca y mira, para él es un arcano,  
¿Cómo futuros tiempos lograra descubrir?

Pero do quier que vayas, oh nubecilla errante,  
Do quiera que las auras te puedan arrastrar,  
Tu presurosa marcha detén por un instante,  
Porque, de fijo, nunca te volveré á encontrar.

No sé qué dulce encanto mi espíritu domina,  
No sé qué misteriosa magnífica ilusion,  
El alma y los sentidos al verte me fascina,  
Y con hechizo raro suspende mi razon.

¡Oh! ¡quién me diese alas para seguir tu vuelo  
Surcando los espacios detrás de tu beldad,  
Subiendo, cual tú subes, á la mansion del cielo,  
Mirando desde arriba, cual tú, la inmensidad!

Mas ya que nunca, oh nube, mis ojos podrán verte  
Y no puedo lanzarme de tu belleza en pos,  
Antes que en lontananza te mire yo perderte,  
Mi corazon te manda su postrimer adios.

### EN UN ÁLBUM.

---

Cuando por la vez primera  
Mis ojos te contemplaron,  
Y con las gracias se hallaron  
De tu beldad hechicera,  
Fué tanta mi confusion,  
Que, cuanto más te miraba,  
Tanto más, Lola, dudaba  
Si eras verdad ó ilusion;  
Pues entre mil y mil bellas,  
Mostrárate la fortuna,  
Brillando como la luna  
Entre millares de estrellas.  
Pero otra cosa mejor  
Ostentas, hermosa Lola.

Que, ella aparte, y por sí sola,  
Es prenda de más valor.

Temo al decírtelo herir  
Tu modestia singular;  
Pero yo no sé ocultar  
Lo que se debe decir.

Y aunque tal vez te dé enojos,  
Oye un momento con calma:  
Esa otra cosa es el alma  
Que se adivina en tus ojos.

Alma pura y celestial,  
Cual tu rostro peregrino,  
Que ostenta el sello divino  
De su origen inmortal.

Y en deliciosa quietud  
Ofrece á Dios por tributo,  
El noble y precioso fruto  
De pureza y de virtud.

Si por bella, de tí en pos  
Acaso los hombres van,  
Por buena te juzgarán  
Perfecta hechura de Dios;

Y aunque el vil pecho taladres  
De la envidia y la malicia,  
Serás siempre la delicia  
Y el orgullo de tus padres;

Que en tí unida podrán ver,  
Sin que les ciegue el cariño,  
A la inocencia del niño  
La gracia de la mujer.

Y no á elogio lisonjero  
Tomes nunca lo que digo;  
Pongo al cielo por testigo  
De que siempre fuí sincero.

Quien tal juzgue mi intencion,  
Me hiciera al pensarlo agravio;  
Nunca ha manchado mi labio  
La hipócrita adulacion.

Si hay alguno que lo crea,  
Y atribuye mi porfía  
A vana galantería,  
Que venga el mundo y lo vea.

Aunque hace tiempo sabrás,  
Si tú eres justa contigo,  
Que vales, no lo que digo,  
Sino muchísimo más.

## EXPIACION.

---

Sobre la cruz sagrada  
Yerto y sin vida el Salvador yacía,  
Y el alma traspasada  
Con el fiero puñal de su agonía,  
Lloraba sobre el Gólgota María.  
Trocáronse sus ojos  
De amargas perlas en copiosa fuente,  
Y de agudos abrojos  
Circundaron su frente,  
Con la del Dios que muere juntamente.  
Que aún antes que taladre  
Lanza feroz al hijo tan querido,  
Sintió el dardo la madre,

Que en lo más escondido  
Del seno virginal quedó prendido.  
Astro de paz sereno;  
Castísima paloma enamorada;  
Vaso de aromas lleno;  
Virgen inmaculada,  
Con el divino Verbo desposada.  
¡Quién volverte pudiera  
El hijo que salió de tus entrañas,  
Y el llanto detuviera  
En que los ojos bañas,  
Y la tristeza con que el rostro empañas!  
Decid los que alcanzásteis  
Del corazón á comprender el llanto,  
Si alguna vez hallásteis  
Que hubiera dolor tanto,  
Ni quebranto que iguale á tal quebranto.  
Y decid si á tal crimen  
Hallar pudiérais merecida pena;  
Decid si se redimen  
Los que, con faz serena,  
En maldad excedieron á la hiena.  
Ciudad, ciudad maldita,  
Más que Sodoma vil por tu pecado,  
¿No ves cómo se agita  
El rayo desatado  
De entre las manos del Potente airado?  
Triste el sol se oscurece,  
El ronco trueno con fragor retumba,  
La tierra se estremece,

Airado el viento zumba,  
Y hasta la muerte agítase en la tumba.

Y en vano alzas los ojos  
A tu Dios implorando acongojada;  
Que ya de sus enojos  
La copa fué colmada,  
Y su cólera avanza desbordada.

Reina de las ciudades,  
Gala, un tiempo, y espejo del Oriente,  
¡Cuántas calamidades  
Caerán sobre tu frente,  
Y cuánto has de gemir eternamente!

Desventuras y guerras,  
Y déspotas injustos y opresores  
Desolarán tus tierras,  
Llevando, vencedores,  
El exterminio en pos, y mil horrores.

Vendrán del Occidente  
Ejércitos innúmeros armados,  
Cual destructor torrente  
Que arrasa los sembrados  
Y trueca en charcas los amenos prados.

Y caerán tus murallas  
Y tus torres fortísimas con ellas,  
Y al son de las batallas,  
Cautivas tus doncellas  
Llevarán, sin que puedas defendellas.

Donde moraron reyes  
Se arrastrarán culebras y dragones;  
Y sufrirás las leyes

De bárbaras naciones  
Que alzarán victoriosas sus pendones.

Al hallarte el viajero,  
En soledad sumida y en tristeza,  
Se apartará ligero,  
Volviendo con presteza,  
Para más no mirarte, la cabeza.

Y al cielo, de rodillas,  
Invocarán tus hijos desterrados,  
Léjos de las orillas  
De sus rios amados,  
A esclavitud sin tregua condenados.

Ya el ángel de venganza  
Esgrime airado el fulminante acero,  
Y contra tí se lanza,  
Cual tigre carnicero  
Sobre indefenso y tímido cordero.

Y en vano en breve plazo  
Quieres apercibirte á la pelea,  
Que no hay fuerza en tu brazo,  
Ni ya el pendon ondea  
Que levantó la gente Macabea.

Ya el águila de Roma  
Sobre tí posa la sangrienta garra;  
En pos viene Mahoma,  
Y el alma se desgarrar  
Al rugir de la corva cimitarra.

Embrazar la rodela,  
Vibra el hierro mortífero y ardiente,  
Calza la aguda espuela,

Viste el arnés luciente,  
Y arrójate á morir como valiente.

Mas ¡ay! que al fin vencida  
Doblaste la cerviz al duro yugo,  
Lamiendo envilecida  
La mano del verdugo  
Que en su cólera á Dios darte le plugo.

Y no esperes que venza  
A tal baldon tu ya pasada gloria,  
Que irá de tu vergüenza  
A la par la memoria,  
El pudor afrentando de la Historia.

## A CERVANTES.

---

Hoy que en tu númen se inspira  
El ingenio castellano,  
Que á tus piés depone ufano  
Sus coronas y su lira;

Si no te causa desden  
Que yo á tanto quiera osar,  
Dígnate, pues, aceptar  
Mi humilde aplauso tambien;

Que si tal vez en las alas  
De mi fé pura se eleva,  
Mi entusiasmo sólo lleva  
Sin más adornos ni galas.

Un dia en que pena y tedio  
Respiraba á mi pesar,

Sin poder imaginar  
 A mi disgusto remedio,  
 Por divertirme con algo,  
 Del sueño acaso en espera,  
 Ignorando aún lo que era,  
 Abrí tu *Ingenioso Hidalgo*.

No léjos de la niñez  
 Hallándome todavía,  
 Sus páginas recorría  
 Quizá por primera vez.

Mas apenas mi atencion  
 Fijar un punto lograron,  
 Cuando entera cautivaron  
 Por completo mi razon:

Ya la fantasía inquieta  
 Se gozaba en admirar  
 Lo que tan sólo crear  
 Sabe el alma del poeta;

Ya veneraba, sumisa,  
 La mente conceptos sabios;  
 Ya sin querer en los labios  
 Me retozaba la risa;

Pero tal placer sintiendo  
 En cosas tan seductoras,  
 Que iban pasando las horas,  
 Y yo leyendo, leyendo.

Hasta que al cabo advertí,  
 Ciego ya de asombro y pasmo,  
 Que, en alas de mi entusiasmo,  
 Tu libro olvidé por tí.

Y en vano la vista ansiosa  
 Fijar en él intenté;  
 Quien te comprende y te vé,  
 No puede ver otra cosa.

Sí, fénix del pensamiento,  
 Que hallando vida en su lumbre  
 El mundo miró en la cumbre  
 Del humano entendimiento:

Grande la suerte crüel  
 Te contempló en sus azares;  
 Grande luchando en los mares,  
 Grande cautivo en Argel.

Y juzgando á tu ambicion  
 Poco la prez del soldado,  
 Dejar quisiste grabado  
 En un libro tu blason.

Cosa juzgaste segura  
 Para tu inmenso talento,  
 Levantar un monumento  
 Padron de gloria futura;

Y al fin, emblema que abona  
 Tu ingenio y tu voluntad,  
 Lo diste á la humanidad  
 Con tu nombre por corona.

Pero aunque allí luce tanto,  
 Con tan sublime esplendor,  
 Que hace olvidar el valor  
 Con que luchaste en Lepanto,

El vulgo al mirarlo escrito  
 Mostró desden en el ceño;

Como el vulgo es tan pequeño,  
Fuera culparle delito.

No rechacen, no, tus labios,  
Desaires que en mi sentir,  
Por más que quieran subir,  
No llegan nunca á los sabios.

De tu gloria los reflejos  
En su vista hicieron mal;  
Todo lo que es colosal,  
Hay que mirarlo de léjos.

Sólo así puedo entender  
Cómo los que te alcanzaron,  
Tanto tiempo te miraron  
Y no te pudieron ver.

Ó acaso el desden altivo  
Con que á tu hidalgo acogieron,  
Fuera porque en él se vieron  
Retratados muy al vivo.

¿Quién, en su fortuna varia,  
Con insensata altivez,  
No ha soñado alguna vez  
Gobernar la Barataria?

¿Quién, con esforzado aliento  
Y con ímpetus pujantes,  
No ha luchado con gigantes  
Que eran molinos de viento?

¿Quién, por discreto que sea,  
Olvidar podrá tampoco,  
Que á veces anduvo loco  
Por alguna Dulcinea?

Nunca faltará quien note,  
Ya de uno ú otro modo,  
Que en mucho, cuando no en todo,  
Se parece á Don Quijote;

Pero es difícil hallar  
En un hombre el heroismo  
De que al mirarse á sí mismo  
Se lo quiera confesar.

Soledad, miseria y luto  
Amargaron tu vejez;  
Talento con honradez  
Suele dar llanto por fruto;

Y las páginas sagradas  
De tu *Quijote* inmortal,  
Fueron todas, por tu mal,  
Con lágrimas engendradas.

Lágrimas que la fortuna  
Tan sin afán vió salir,  
Que aún no enjugaste al morir  
Las que vertiste en la cuna.

¡Oh, debe ser un tormento  
Como ninguno inclemente,  
Sentir el genio en la frente,  
Y andar desnudo y hambriento;

Y por justo galardón  
Del saber y la virtud,  
No hallar más que ingratitude,  
Y desdenes y prision!

¡Oh, basta, porque estallar  
Siento el alma al recordarte;

Hasta el que quiere cantarte,  
Concluye, al fin, por llorar!

No resuenen, no, en tu lecho  
Nuevos ayes de quebranto,  
Hoy que pudieras al llanto  
Tregua prestar satisfecho.

Que ya la envidia no brama  
Para minar tu renombre;  
Ya no pueden con tu nombre  
Las cien trompas de la fama.

Hoy á tu recuerdo fieles  
Los siglos que van pasando,  
Tu egregio nombre acatando,  
Te arrojan nuevos laureles;

Y en vano correr en pos  
De tí quiere el pensamiento,  
Porque tan raro portento  
Lo concibe sólo Dios.

Descansa en el cielo, sí,  
Libre del pasado afan;  
A los hombres que vendrán  
Tu libro hablará por tí.

Y á coro imperecedero  
Voces habrá que te alaben,  
Mientras los tipos no acaben  
Del hidalgo y su escudero.

## EL CASTILLO DE PAU.

---

Mas allá del fragoso Pirineo,  
Asentado con noble majestad,  
Se alza un castillo, cual feliz trofeo  
De otros hombres que fueron y otra edad.

Señoreando la risueña falda  
Del montecillo do su pié fijó,  
Parece que en un cerco de esmeralda  
Un artifice diestro lo engastó.

Y allí firme arrostrando la tormenta  
Y la saña del recio vendaval,  
Del viajero á los ojos se presenta  
Como ficcion de un sueño celestial.

La historia singular de aquella tierra  
En la suya pudiérase aprender;

Baluarto fortísimo en la guerra ,  
Era en la paz morada del placer;

Mas no de sus señores la memoria  
Encerróse en los lindes del hogar;  
Tambien lauros preciosos y alta gloria  
Fuera de allí supieron conquistar.

De la potente Francia la fortuna  
Llegáron con el tiempo á someter,  
Y en mi patria les vió la media luna  
Por la cruz adiestrándose en vencer.

Hoy triste y solitaria se aparece  
La morada de Enrique y de Gaston ,  
Como la hiedra que por fuera crece  
Abrazada al antiguo torreón.

Ya no se oye la voz de los guerreros  
Bajo el sonoro pórtico tronar;  
Se olvidan , arrimados, los aceros,  
Y el arte se olvidó del batallar.

Dicen que en noches claras y serenas,  
De la tranquila atmósfera á través,  
Se divisa, vagando en las almenas,  
La sombra del insigne bearnés.

Yo ignoro si es verdad; pero no obstante,  
Si á juzgar voy por lo que siento yo,  
Cosa fácil encuentro á cada instante  
Ver al buen rey allí donde nació.

Que aunque sólo tal vez necio sarcasmo  
Al que vive sin fé logre arrancar,  
¡Quién sabe adónde puede el entusiasmo  
Con los ojos del alma penetrar!

Yo del soberbio alcázar los blasones  
Con respeto y asombro contemplé;  
Recorrí conmovido sus salones;  
A las góticas torres me asomé;

Y temiendo, tal vez, que su belleza  
A contemplar no volveria más,  
Me ausentaba volviendo la cabeza  
Y mirando con lástima hácia atrás.

Hoy de aquel suelo al encontrarme ausente,  
Ánsia me acosa de volverlo á ver;  
Y trazando su imágen en la mente,  
Suspiro al recordarlo sin querer.

Mas al fin torne allí jóven ó anciano,  
En adversa ó en próspera ocasion,  
Nunca tarde será, mientras no en vano  
Viva para sentir mi corazón.

SONETO.

---

De una estrella esquivando el rumbo cierto,  
Y al capricho de céfiro inconstante,  
A la mar el bajel sale arrogante  
Dejando atrás el abrigado puerto;  
    Pero súbito el líquido desierto  
En montes de cristal se alza pujante;  
Brama la tempestad con voz tonante;  
Se oculta el cielo de vapor cubierto.  
    Y el astro salvador buscando en vano,  
Juguete al cabo de la mar bravía,  
Roto el bajel y zozobrante vaga;  
    Así también el pensamiento humano,  
Cuando no lleva la virtud por guía,  
Entre las olas del error naufraga.

A UN ARROYO.

---

Arroyo dulce y ligero,  
Que murmuras placentero  
Entre juncos y entre flores,  
Reflejando sus primores  
Y adulándolas parlero:  
    Cuantas veces te miré,  
Otras tantas encontré  
Que en tus cristales sombríos,  
Con los pensamientos míos,  
Un suspiro me dejé;  
    Y en tus orillas amenas,  
Donde se olvidan las penas  
En apacible ilusión,

Tras de tus ondas serenas  
Se me escapa el corazón.

Porque nada habla á la mente  
Que á solas é indiferente  
Dulces ilusiones fragua,  
Como el murmurio indolente  
Que hace arrastrándose el agua;

Y al penetrar en mi oído  
El eco triste y perdido  
Con que tus ondas se quejan,  
Cuando en apacible ruido  
Unas tras otras se alejan,

No sé qué rara armonía,  
No sé qué vagos acentos  
Inundan el alma mía,  
Con mil varios pensamientos  
Que me llenan de alegría.

Acaso el amor escondas  
De una deidad campesina,  
Que, porque á mi voz respondas,  
Prestó al eco de tus ondas  
El de su voz peregrina;

Y cuando gárrulo y breve  
Tu manso raudal se mueve  
Con ténues y blandos giros,  
Es ella la que se atreve  
A remedar mis suspiros.

Tal vez en tí se miró  
La virgen que con empeño  
Constante idolatro yo,

Y en tí su imágen quedó  
Como el recuerdo de un sueño.

Por eso al mirar de hinojos  
Tus cristalinos espejos,  
Acaso fueran antojos,  
Mintiéronme tus reflejos  
El reflejo de sus ojos.

¡Oh, cuántas veces vendría  
A sentarme en las riberas  
Que baña tu linfa fría,  
Cuántas cosas te diría  
Si comprenderme pudieras!

Mas tú en vago desvarío  
Vas corriendo sin pensar  
Que hácia tí va mi albedrío,  
Como tú vas hácia el río  
Que ha de llevarte á la mar.

Y al capricho de la suerte  
Va tu corriente sumisa,  
Pues nadie en el mundo advierte  
Que es el vivir más deprisa  
Llegar más pronto á la muerte.

Tú, dulce arroyo, lo ignoras,  
Que no entiendes cosas tales,  
Y leves y encantadoras  
Pasan para tí las horas  
Siempre tranquilas é iguales.

Y debe, por cierto, ser  
Felicidad soberana,  
Sentir la vida correr

Sin acordarse de ayer  
 Y sin pensar en mañana.  
 Sigue, pues, indiferente,  
 Sin que de vida tan corta  
 Nadie por tí se lamente,  
 Que poco morir importa,  
 Renaciendo eternamente.  
 Y siempre que sin testigo  
 Venga yo á buscar abrigo  
 Bajo esta enramada umbría,  
 Quiera Dios que halle contigo  
 Mi esperanza y mi alegría.

## EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA

DOÑA MARÍA ANTONIA OSSORIO Y CHACON.

---

Niña gentil y hechicera,  
 Capullo de flor temprana  
 Que se abre fresca y galana  
 Al sol de la primavera;  
 Todo mi deseo fuera  
 Tantos primores cantar;  
 Pero absorto al contemplar  
 Tu belleza y tu candor,  
 Pienso que es mucho mejor  
 Admirarlos y callar.  
 Dióte el cielo la hermosura,

Gala de la juventud ;  
En tu alma la virtud  
Halló morada segura ;  
Que nunca tanta ventura  
Pueda sentir dolorida  
Del infortunio la herida ,  
Que nunca tan claro mar  
Puedan airadas turbar  
Las borrascas de la vida.

## RUINAS.

---

Una tarde serena de estío,  
Magnífica y clara,  
Por el campo, al azar y sin rumbo,  
Perdido vagaba ;  
Y en la cumbre de un monte que el valle  
De un lado cerraba,  
Sobre un río que fresco y alegre  
Lamia su falda,  
Un castillo encontré en cuyas rotas  
Y oscuras ventanas,  
Tristes aves é inmundos reptiles  
Hicieron morada.  
Aun del viejo recinto los muros  
En pié se ostentaban ,

Pero hendidos, gastados y abiertos  
 Del viento y el agua.  
 Solitario, desnudo y vacío  
 De bélicas galas,  
 Parecía la imágen, la sombra  
 De un cuerpo sin alma.  
 Que ya no bajo el fuerte rastrillo  
 Los pasos sonaban,  
 Ni el rumor belicoso se oía  
 De gentes armadas.  
 No del patio llenando el recinto  
 Sonora vibraba,  
 Dando al aire su aliento de bronce  
 La trompa de caza;  
 Ni de aquellas que fueron un tiempo  
 Soberbias estancias,  
 Bulliciosa y alegre salía  
 Gentil cabalgata.  
 ¿Dónde el buen caballero que armado  
 De férrea coraza,  
 Su denuedo y heróica bravura  
 Mostró en las batallas?  
 ¿Y la noble señora que al pecho  
 Riquísima banda  
 Le ciñera con mágicas cifras  
 Por ella bordadas?  
 Ya canciones de apuestos donceles  
 No escuchan las damas,  
 Ni de alegre festin el bullicio  
 Resuena en las salas.

Solitario, desierto y desnudo  
 De bélicas galas,  
 Parecía la imágen, la sombra  
 De un cuerpo sin alma.  
 Pero, ¡ay Dios, cómo allí sin sentirlo  
 Mi sér se extasiaba,  
 Los recuerdos sin fin contemplando  
 De cosas pasadas!  
 En aquellos gastados y rotos  
 Escudos de armas,  
 En aquellas de pompa desnudas  
 Magníficas cuadras,  
 Todo un largo poema veía  
 De insignes hazañas,  
 De sangrientos y rudos combates,  
 De fé inmaculada.  
 ¿No es verdad, oh gentil y discreta  
 Doncella gallarda,  
 Tú que há tiempo mi pobre albedrío  
 Rendiste á tus plantas,  
 No es verdad que las dulces memorias  
 Que llenan el alma,  
 Son cual tristes y bellas ruinas  
 De cosas pasadas?  
 ¿No es verdad que es la huella indeleble  
 De muerta esperanza,  
 Como el rastro que al muro le dejan  
 El viento y el agua?  
 Corazon que arrogante y altivo  
 De firme se alaba,

Fortaleza parece que arrostra  
 Del tiempo la saña;  
 Pero luego á su impulso cediendo  
 Las torres más altas,  
 Caen al fin, como en pechos de roble  
 Firmezas soñadas.  
 ¿Será cierto que todo sucumbe,  
 Que todo se gasta,  
 Como sombra nocturna que borran  
 Las luces del alba?  
 ¿Será cierto que nobles pasiones,  
 Virtudes sin tacha,  
 Todo al cabo, cediendo á la suerte,  
 Vacila y desmaya?  
 No mi bien, aún en pechos honrados,  
 Que el vicio no engaña,  
 Voluntades y afectos residen  
 Que nunca se acaban;  
 Y el amor infinito que el mio  
 Tenaz avasalla,  
 No será como aquellas ruinas  
 Que ví en la montaña;  
 Porque nunca estar puede en el mundo  
 Sujeto á mudanza,  
 Lo que existe formando la vida,  
 La esencia del alma.

## Á MI SOBRINA

LA SEÑORITA

DOÑA MARÍA SEGUNDA EULATE Y AGUIRRE.

---

¡Cuánto es bella la ardiente Andalucía,  
 Edén feliz de gloria y de consuelo,  
 Con qué placer recuerda el alma mia  
 Su dulce ambiente y despejado cielo!...  
 Morada que escogieran las huries,  
 En vez del paraíso de Mahoma,  
 Cuyos campos de adelfa y alelías  
 Alegran el jilguero y la paloma;  
 Nunca de Agar la desdichada gente  
 Dejó de amarla con filial cariño;  
 En ella sin cesar, continuamente,  
 Piensa, como en los ángeles el niño;

Y cual recuerda la nacion judía  
 La cuna de sus padres, adorada,  
 En África recuerdan todavía  
 Los huertos de Sevilla y de Granada.

Mansion hermosa que el placer encierra ;  
 Allí al disgusto y al dolor esquivos,  
 Bétis, Darro y Genil parten su tierra  
 Sembrada de naranjos y de olivos.

Sus templos sin rival, que al mundo asombran,  
 Son del arte y la fé rico tesoro ;  
 Alhambra sus alcázares se nombran,  
 Sus torres la Giralda y la del Oro.

Montes que guardan sempiterno hielo  
 Dominan cual gigantes atalayas,  
 Y un mar azul como el azul del cielo  
 Humilde gime en sus risueñas playas.

Allí naciste tú ; dulces y bellos  
 En las olas tus ojos se miraron,  
 Sus espumas, muriendo en tus cabellos,  
 Tus infantiles sienes refrescaron ;

Dió á tus ojos su luz el claro día,  
 Las brisas á tu oido dulces sonas,  
 En el misterio de la noche umbria  
 Te arrullaron nereidas y tritones ;

Y acaso de la luna á los reflejos,  
 Que el ancho mar con su fulgor platea,  
 Vino para mirarte, desde léjos,  
 Sobre su concha Vénus Citerea.

Gades insigne te sirvió de cuna,  
 Fué tu primera terrenal morada,

Ciudad bella y famosa cual ninguna,  
 De marfil y de nácar fabricada.

Que siempre la proteja con su escudo  
 La deidad que en guardarla se recrea ;  
 Yo desde aquí gozoso la saludo,  
 En nombre de los dos ; ¡ bendita sea !

Hoy la ciudad de los califas moras,  
 Que, en silencio y olvido sepultada,  
 Ejemplo es que nos dice á todas horas  
 Cómo caen las naciones en la nada.

Allí el insigne Abderraman, un dia,  
 Víctima triste de la suerte fiera,  
 Recuerdo de la patria que perdía,  
 Plantó lleno de amor una palmera ;

Y al par que en versos de belleza rara  
 Templaba de su pecho el hondo hastío,  
 El imperio fundó que luégo alzara  
 De Alhaken y Almanzor el poderío.

Mas nada para mí, querida niña,  
 Fueran recuerdos de tan noble tierra,  
 Nada la paz de su feraz campiña,  
 Nada las cumbres de su altiva sierra,

Si el sol que dora la orgullosa torre  
 Tu cabellera á un tiempo no dorara ;  
 Si el manso rio que á tus plantas corre,  
 Tu imágen en sus ondas no llevara.

Allí donde hay del corazon pedazos,  
 Todo es gentil, hermoso y placentero,  
 Pues no hay lazos iguales á los lazos  
 Que nacen del cariño verdadero.

A.....

Salud, amable niña,  
Portento de hermosura,  
Más cándida y más pura  
Que fabulosa hurí;  
Salud cien y cien veces  
Mi corazón te envía,  
Que siempre el alma mía  
Pensando se halla en tí.

De Arabia en las arenas  
Halló jamás abrigo  
Tesoro que contigo  
Se pueda comparar;  
Que tu menor sonrisa,  
Para mi amor profundo,

Iguala de oro á un mundo,  
De perlas vale un mar.

Cuando tu rostro en púdica  
Modestia se colora,  
Envidia es de la aurora  
Su célico rubor;  
Ofuscan tus miradas  
La claridad del día,  
Tu voz es la armonía,  
Tu nombre es el amor.

Tus plantas merecieron  
Pisar polvo de estrellas,  
Fijando en luz tus huellas  
Sobre el inmenso azul;  
Y adornos en tus sienes  
Tal vez fueran mezquinos,  
Corales tunecinos,  
Turquesas de Stambul.

La lumbre de los astros,  
Que el firmamento puebla,  
No más que sombra y niebla  
Para tus ojos es;  
Mirándote lá luna  
De celos palidece,  
La yerba nace y crece  
Debajo de tus piés.

El céfiro, que en torno  
Susurra en blandos giros,  
Recoge tus suspiros  
Y los repite fiel;

Si música en el bosque  
 Los vientos murmuraron,  
 Al aire la prestaron  
 Tus labios de clavel.

¿Quién puede contemplarte  
 Un punto, sin que luégo  
 No sienta el vivo fuego  
 De insólita pasión?  
 Los bronces se ablandarán  
 Si tu hermosura vieran,  
 Los mármoles sintieran  
 Sublime inspiración.

Vosotros, cuyos cantos,  
 Gallardos trovadores,  
 De reyes y señores  
 Os dieron la amistad;  
 Inflame vuestro númen  
 La virgen que yo adoro,  
 Y ensalzareis á coro  
 Su mágica beldad.

La rara inteligencia  
 Con que al hablar seduce,  
 Sobre su frente luce  
 Con vivo resplandor;  
 Prendida en sus hechizos  
 Quedóse el alma mía,  
 Su voz es la armonía,  
 Su nombre es el amor.

Envídale sus ojos  
 Gacela temerosa,

Le ofrece cariñosa  
 La fuente su cristal;  
 Y á verla en sus azules  
 Y trémulos espejos,  
 Viniera desde léjos  
 El águila réal.

Adios, amada mía;  
 Cuando su oscuro velo  
 La noche desde el cielo  
 Suspenda sobre tí,  
 En tanto que descansan  
 Las aves y las flores,  
 Amor de mis amores,  
 Acuérdate de mí.

Yo siempre seré tuyo;  
 Para mi eterna gloria  
 Grabada tu memoria  
 Está en mi corazón;  
 Más dicha que adorarte  
 Mi corazón no alcanza,  
 No mira otra esperanza,  
 No guarda otra ilusión.

Adios, alma del alma  
 Que con la tuya mora,  
 Dulcísima señora  
 Prodigio de bondad;  
 Cuando estos versos leas,  
 No olvides que escondida  
 En ellos va rendida  
 Mi amante voluntad.

Desde el primer momento  
 Que me abrigó la cuna,  
 Jamás soñé fortuna  
 Como quererte á tí;  
 Si tú pagar no quieres  
 Afectos con rigores,  
 Amor de mis amores,  
 Acuérdate de mí.

## LA LIMOSNA.

---

Señor, cuando á mi puerta  
 Mísero anciano desvalido llora,  
 Y allí con lengua incierta  
 Una limosna por tu amor implora,  
 El óbolo envidiado  
 Al dejar en la mano del mendigo,  
 De gozo enajenado  
 Con místico fervor yo te bendigo.  
 No porque en rica muestra  
 Dé bondad que yo nunca merecia,  
 Tu omnipotente diestra  
 Jamás me negó el pan de cada día;  
 No porque en blando lecho  
 De leve pluma ó de mullida lana,  
 Tranquilo y satisfecho  
 Puedo aguardar que venga la mañana;

Mi pecho se alborozaba  
 Y te ensalza, oh Señor, porque me diste  
 Un corazón que goza  
 En dar alivio y consolar al triste;  
 Porque jamás me hallaron  
 Inerte de mi prójimo las penas,  
 Y alguna vez lloraron  
 Mis ojos viendo lágrimas ajenas.  
 Mi ambición no procura  
 Ser como aquellos que, en punible calma,  
 A toda desventura  
 Muestran de bronce ó pedernal el alma.  
 Dicha mayor no pido,  
 Ni bien alcanzo yo tan soberano,  
 Como ir al afligido  
 Llevándole un consuelo en cada mano.  
 Que nunca el tiempo ciego  
 Estas mis dulces alegrías lleve;  
 Jamás tan vivo fuego  
 Se apague de las canas con la nieve.  
 Vendrá la hora terrible  
 De rigoroso fallo y de justicia,  
 En que su faz horrible  
 Impotente nos muestre la malicia;  
 Entónces congregados,  
 En tu presencia todos confundidos,  
 Habrá muchos llamados,  
 Y muy pocos serán los elegidos.  
 Mas con amor profundo  
 Tú habrás de recordar en tal momento,

Á aquellos que en el mundo  
 Te dieron pan al encontrarte hambriento.  
 Y porque en aquel trance  
 Algo me sirva á tu rigor de escudo,  
 Porque á tus piés no avance  
 De virtudes y méritos desnudo,  
 Haz, Señor, que mi brio  
 Aun nuevas fuerzas con el tiempo cobre;  
 No olvide yo, Dios mío,  
 Que á tí te presto lo que doy al pobre.

LAS CAMPANAS.

---

Siempre que las campanas  
Tocan á muerto,  
Me acuerdo de mi madre  
Que está en el cielo;  
Siempre que tocan,  
Se despierta su imagen  
En mi memoria.  
Dios mio, cuando acabe  
Para mí todo,  
Haz que algun sér querido  
Cierre mis ojos;  
Y algunas veces,  
Si oye tocar á muerto,  
De mí se acuerde.

A....

---

Angel de casto amor, niña preciosa,  
La de los ojos de color de cielo,  
Tú á los míos más pura y más donosa  
Que el sonreír de límpido arroyuelo;  
Tú cuya huella imperceptible y breve  
Acusa tu hermosura sobrehumana,  
Más cándida que el ampo de la nieve,  
Más bella que la luz de la mañana;  
Oye, y no temas que si hablar me dejas  
Te cansen mis palabras cariñosas,  
Que siempre fueron del amor las quejas,  
Como ninguna dulces y sabrosas.  
Te amo tanto, mi bien, que sólo aliento  
Con el goce inefable de quererte;  
Cuando estoy á tu lado, me amedrento  
A la idea terrible de perderte;

Y si en mí descargando sus rigores,  
Léjos de mí te lleva el hado esquivo,  
No más que entre esperanzas y temores,  
Temiendo muero y esperando vivo.

En mis recuerdos como propia historia,  
Tu memoria sin par vive escondida;  
Parece que á la vez, en mi memoria,  
Arranca allí la historia de mi vida;

Pues desde el dia en que por vez primera  
Mi fé rendiste con discreto modo,  
Faro que alumbra mi existencia entera,  
Todo lo llenas, lo iluminas todo.

¡Quién me diera ceñirte una corona  
Por mí ganada en victorioso empeño;  
Guardar de dia tu gentil persona;  
Velar de noche tu apacible sueño;

No apartarme de tí ni un solo instante,  
Y con la fé que mi pasion revela,  
Esclavo tuyo, como fino amante,  
Mirarme en tus pupilas de gacela!

Por un suspiro de tu casto pecho,  
Por una risa de tus labios rojos,  
Preso viviera en calabozo estrecho,  
De mis puertas besando los cerrojos;

Que nada valen en prision oscura  
Años sin fin de pena y de agonía,  
Por conseguir la celestial ventura  
De poderte llamar *amada mia*.

Porque eres para mí tierna y graciosa,  
Cual jóven é inocente jilguerillo,

Más que matita fresca y olorosa  
De balsámica mirra ó de tomillo;  
Y la virtud que soberana impera  
En tu pecho sensible y delicado,  
Es más dulce y mejor, niña hechicera,  
Que el encendido fruto del granado.

Jamás sonó con placenteros ruidos  
Tímida fuente que en las piedras toca,  
Como suena tu nombre en mis oidos  
Cuando lo escucho de mi propia boca.

No es de tórtola herida la querella  
Tan blanda para mí como tu acento;  
En tu mirada sin igual destella  
El fulgor de tu amante pensamiento;

Y como en noche azul y sosegada  
Cruza los cielos esplendente luna,  
Estrella cual ninguna inmaculada,  
El cielo cruzas tú de mi fortuna.

Déjame, pues, que inquieto y anhelante,  
Con la esperanza de tu amor tan sólo,  
Te siga como sigue el navegante  
La eterna luz que le señala el polo.

Que al alma sin amparo y sin abrigo,  
Ave de libertad privada y viento,  
No le basta vivir sola consigo,  
No le llena su propio sentimiento;

Y nunca fué bella ilusion soñada  
Como sentir que al corazon responde,  
De ajeno corazon en la mirada,  
Un no se qué, que llega no sé dónde.

Ven á mi lado y ceñiré tu frente  
De ramos y de flores primorosas,  
Diciéndote al oído castamente  
Mil peregrinas y diversas cosas.

Yo te querré con la pasión tirana  
Que rinde á su poder las voluntades,  
Como si fueras mi mejor hermana,  
Cual se quiere del cielo á las deidades.

Tú siempre sola de mi amor querida  
El consuelo has de ser de mis dolores,  
Que hasta la muerte, amada de mi vida,  
Amor te llamaré de mis amores.

O R I E N T A L .

---

Sultana del blanco velo,  
Favorita de Mahoma,  
La de los ojos de cielo,  
La del mirar de paloma;  
De la huerta del Genil  
Hechicera maravilla,  
Más que la torre gentil  
De la aljama de Sevilla:  
Si de un moro que te adora  
No te ofende la pasión,  
Y cual tu faz seductora  
Es bello tu corazón,  
Deja la arboleda umbría,  
Aunque esté fresca y serena,

Que el aire del Mediodía  
Te puede volver morena;  
Y por mejor esquivar  
Del sol de Julio la llama,  
Vente conmigo á habitar  
Mis alcázares de Alhama.

Allí á la ciudad frontero  
Tengo un hermoso castillo,  
Que se alza noble y severo  
Sobre campos de tomillo;  
Y todo cuanto se vé,  
Desde el llano hasta la sierra,  
Con mi esfuerzo lo gané  
Peleando en buena guerra.

Que puedo, sin que te afrente  
El decírtelo yo así,  
Por osado y por valiente  
Juzgarme digno de tí.

Pregunta, si no te enfada,  
Quién resiste mi denuedo,  
De la vega de Granada  
A los montes de Toledo.

Quién, de toda Andalucía,  
Conmigo á luchar se arroja,  
Si admiró mi bizarría  
Cuando las fiestas de Loja.

¡Con su orgullo y su fiereza  
Que vengan los castellanos,  
Cuando voy yo á la cabeza  
De mis cincuenta africanos!

Con ellos una mañana  
Cuyo recuerdo me abona,  
Salíme en hora temprana  
De los muros de Carmona;  
Y sin tener más trabajo  
Que reprimir nuestro brío,  
Echamos por un atajo  
Hácia la márgen del rio.

De mi furor avisados  
Los nazarenos estaban,  
Pues tras un monte apostados  
Más de cien nos aguardaban.

Si fué mucho arremeter  
Con ellos, nada te importa:  
Sólo conviene saber  
Que fué la batalla corta;

Ni uno de los de Castilla  
Escapó de nuestras manos,  
Y entré á la tarde en Sevilla  
Con mis cincuenta africanos.

Con que mira si está bien  
Que, sin cuidar mi quebranto,  
Trates con tanto desden  
A un moro que vale tanto.

Ven conmigo, bella hurf,  
Ven á alegrar mis jardines,  
Que he adornado para tí  
Con alfombras de jazmines.

Por tu placer, vida mia,  
Con mis manos sembré yo

El rosal de Alejandría,  
 El ciprés de Jericó;  
 Y del Eufrates venido  
 Se alza en campos de arrayan  
 Aquel árbol tan querido  
 Del primer Abderraman.

Allí, dueño de mis ojos,  
 En mansion tan placentera,  
 Para servirte de hinojos  
 Reyes cautivos trajera.

Y oyendo el blando rumor  
 De los céfiros livianos,  
 Diérate guardia de honor  
 Con mis cincuenta africanos.

Pero si tantos desvelos  
 Sólo han de lograr, tal vez,  
 Vivir muriendo de celos,  
 Y morir en tu esquivéz;

Si mis ayes y mis quejas,  
 Que el viento en llevar se afana,  
 Se han de estrellar en las rejas  
 Que defienden tu ventana;

Malhayan, bella traidora,  
 Ya que me tratas así,  
 El sitio, el día y la hora  
 En que yo te conocí;

Malhayan mi hermosa tierra,  
 Tus hechizos sobrehumanos,  
 Y mi fortuna en la guerra,  
 Y mis cincuenta africanos.

## Á LA VICTORIA DEL CALLAO.

---

No sólo á Dios aclaman  
 Los que viven en paz y sin cuidados,  
 Porque tambien le llaman  
 Señor de los ejércitos armados;  
 Su formidable acero  
 Tambien en los combates centellea;  
 Él conduce al guerrero  
 Que invoca su favor en la pelea.  
 Cantos de inmensa gloria  
 Al que es fuente y autor de toda hazaña,  
 A aquel que la victoria  
 Volvió de nuevo á conceder á España.  
 Esgrime, oh patria mia,  
 Esgrime el hierro que guardaste oculto;

Deplora su osadía  
 Quien ayer te lanzó villano insulto.  
 Por más que con ardides  
 Pretendan hoy matar tu viejo instinto,  
 Siempre en bélicas lides  
 La nación has de ser de Carlos Quinto.  
 Aun no cantó la fama  
 De la púnica guerra las grandezas,  
 Y ya en el mar la llama  
 El creciente rumor de cien proezas.  
 Pensando ciegamente  
 Huir una vez más nuestro castigo,  
 Con ánimo insolente  
 Nos aguardó en su tierra el enemigo.  
 Cuanto el ingenio humano  
 En el arte inventó de las batallas,  
 Con pensamiento insano  
 Detrás acumuló de sus murallas;  
 Y sembrando con dolo  
 De mortíferas bombas el abismo,  
 El exterminio sólo  
 Aguardaba al valor y al heroísmo.  
 El corazón seguro  
 Los nuestros á la lid apercibían,  
 Y ni el armado muro,  
 Ni las traidoras máquinas temían.  
 Obstáculos más graves  
 La fé y el entusiasmo superaron,  
 Y ántes que de sus naves,  
 Del honor de su patria se cuidaron.

También, la frente erguida,  
 Dijo un soldado en Trafalgar con brío:  
 No me juzgueis con vida  
 Si os dicen que se rinde mi navío.  
 Resuena el bronce fiero,  
 Cuyo son lleva el viento entre sus alas,  
 Vomitando certero  
 El espanto y la muerte con las balas.  
 Allí estalla una torre,  
 Cual si de leves pajas choza fuera;  
 Aquí la sangre corre  
 Y cruje al desgarrarse la madera;  
 Por una y otra parte  
 El combate su furia precipita,  
 Y el iracundo Marte  
 Los duros pechos á lidiar incita.  
 Mas no los nuestros cejan,  
 Y al recoger de su valor el fruto,  
 No más en tierra dejan  
 Que llanto y destruccion, vergüenza y luto.  
 Llor á los valientes;  
 Rosas coged para quien pudo tanto;  
 Dadme para sus frentes  
 Lauros de la *Goleta* y de *Lepanto*.  
 Pensad que divididos  
 Miles de leguas de una playa amiga,  
 Sin pan y sin vestidos,  
 Agobiados del hambre y la fatiga,  
 Al par que escarmentaron  
 Del audaz adversario la insolencia,

Con las naves tornaron  
 A su tino fiadas y á su ciencia.  
 Cantos de inmensa gloria  
 Al que es fuente y autor de toda hazaña,  
 A aquel que la victoria  
 Volvió de nuevo á conceder á España.  
 Dios grande y Soberano,  
 Ante quien brilla el sol pálido y frío,  
 Cuya potente mano  
 Mundos sin fin sostiene en el vacío;  
 Tú, que movido al ruego  
 De la infeliz mujer desobediente,  
 Otra hiciste que luego  
 Quebrara la cerviz de la serpiente;  
 Tú que á Israel, un día  
 Contra el Egipcio pérfido amparaste,  
 Y en la sima bravía  
 Caballo y caballero derribaste;  
 Tú, víctima preciosa  
 Que á la ley del amor uncirse quiso,  
 Y con muerte afrentosa  
 Las puertas nos abrió del Paraíso;  
 Haz que siempre en tí crea  
 La raza que muriendo redimiste,  
 Que nunca estéril sea  
 La sangre que en el Gólgota vertiste.  
 Teman, Señor, tu enojo  
 Los que guerra mortífera nos mueven,  
 Los que con torpe arrojo  
 A la traicion y á la maldad se atreven.

Ensalcen tu poder las criaturas;  
 Huya del mundo la homicida guerra;  
 Gloria á tí, Sumo Dios, en las alturas,  
 Paz á la humanidad sobre la tierra!

Á LA SEÑORITA

DOÑA MARÍA CRISTINA MUÑOZ Y REMISA.

---

Cuando escuché tu melodioso acento  
Por la primera vez,  
Me parecieron, niña, tus palabras  
Más dulces que la miel.  
Queriendo luégo de tus negros ojos  
El brillo resistir,  
Porque los míos no quedaran ciegos,  
Los aparté de tí;  
Y encontrar supe á un tiempo en tus miradas  
Lo mismo que en tu voz,  
Que era puro y hermoso como el cielo  
Tu noble corazón.  
Dios la dicha te dé, cándida niña,  
Que te mereces tú,

Y aquel interno bienestar que augura  
Del alma la salud.  
Que nunca puedas de la humana vida  
La senda al recorrer,  
Encontrar más que rosas y azucenas  
Debajo de tus piés.  
Y si algun día con insano intento  
La mano del dolor,  
Arrancarte en su furia pretendiere  
Dulcísima ilusion,  
Sea tan sólo vaporosa nube  
Que en el inmenso azul,  
Un punto, nada más, del sol empaña  
La refulgente luz.  
Y apoyada en la fé, que no abandona  
A quien con ella va,  
Otra vez en tu pecho á morar vuelva  
La verdadera paz.

Á PIO IX.

---

Tú, que del santo pescador divino  
La frágil navecilla zozobran  
A través llevas de huracan pujante  
Con sereno valor y raro tino;  
Tú, que de la virtud en el camino  
Descuellas entre todos arrogante,  
Como entre arbustos cien alza gigante  
Su espesa copa solitario pino,  
Hoy, que rugen soberbias las pasiones,  
Y Luzbel pugna con ardiente anhelo  
Por quebrantar indócil sus prisiones,  
Recibe, Padre amado, en tanto duelo  
El amor de los buenos corazones,  
Y de tu grey el triste desconsuelo.

Á UNA FLOR MARCHITA.

---

Inocente florecilla,  
De un arroyuelo á la orilla  
Nacida en la verde alfombra,  
Que ayer fuiste maravilla,  
Y hoy no pareces tu sombra;  
Ya que la pena te hiere,  
Y un dolor que nunca muere  
Vive sin cesar contigo,  
Oye la voz de un amigo  
Que con el alma te quiere.  
Veremos si tu sufrir  
Con lo que voy á decir  
Algo quizá se quebranta,  
Que nunca la pena es tanta  
Cuando son dos á sentir.

Y para mí siempre bella,  
 En próspera ó mala estrella,  
 Serás por toda la vida,  
 Dulce memoria de aquella  
 Para mí amor tan querida.

¿No la conoces? ¿No viste  
 La clara luz de sus ojos,  
 Que al sol brillante resiste,  
 Ni la sonrisa advertiste  
 Que vaga en sus labios rojos?

Yo quisiera definir  
 Su gracia particular,  
 Y no lo puedo decir;  
 ¡Tiene un modo de reir,  
 Tiene un modo de mirar!

Produce en mí tal contento  
 De su dulcísimo acento  
 La musical expresion,  
 Que al escucharla, presiento  
 Goces que del cielo son;

Y en su castísimo seno,  
 Que de paz y encantos lleno  
 Mil virtudes atesora,  
 Late un corazón tan bueno  
 Que arrebató y enamora.

¿No sentiste de placer  
 Estremecido tu sér  
 Cuando su mano te asió  
 Y del suelo te arrancó  
 Do acababas de nacer?

Si lloras por tus hermanas  
 Que allá en el verjel quedaron,  
 Y por las brisas galanas  
 Que columpiándote ufanas  
 Tus ensueños arrullaron,  
 ¿No te sirve de consuelo  
 Para tan grande amargura  
 Pensar que fué tu hermosura  
 Estímulo de su anhelo  
 Y objeto de su ternura?

Mas si llena de temores,  
 Aun lloras tú los rigores  
 Que en lamentar te obstinaste;  
 Si no hay consuelo que baste  
 Para calmar tus dolores,

Sabe que rápida y leve  
 La vida es cosa ligera,  
 Que corre con planta breve,  
 Como tormenta de nieve  
 En noche de primavera;

Y si hoy pudieras tornar  
 Al delicioso lugar  
 Donde empezaste á vivir,  
 Tal vez quisieras morir,  
 Á no poder olvidar.

Es verdad que hay una flor  
 Que, del cielo por favor  
 Si no, acaso, por desvío,  
 No la quema el cierzo frío  
 Ni la marchita el calor;

Mas no la envidies, y advierte  
 Cuando con ella la suerte  
 Anduvo airada y esquiva,  
 Haciendo á la *siempreviva*  
 Compañera de la muerte.

Dime tú si la fortuna,  
 Que motejas de importuna,  
 Tu dicha y tu bien no quiere,  
 Prenda haciéndote en la cuna  
 De afecto que nunca muere.

Y si al ver tu hoja marchita,  
 Seco el dorado boton,  
 Sintieres pena infinita  
 Que al fondo te precipita  
 De la mayor afliccion,

Piensa que nada en el mundo  
 Vive exento de mudanza,  
 Y que el dolor más profundo  
 Tal vez es gérmen fecundo  
 De inagotable esperanza.

## Á LA VÍRGEN.

---

Dios te salve, purísima María,  
 De los ángeles reina inmaculada,  
 Lucero precursor del claro dia,  
 Madre de los cristianos adorada;  
 Consuelo de afligidos y alegría,  
 Mística flor para el Eden creada,  
 Sálvete Aquel, oh Vírgen, de quien eres  
 Bendecida entre todas las mujeres.

Para cantarte yo, del rey profeta  
 Osé invocar la inspiracion ardiente;  
 Pero mi lengua, á su pesar sujeta,  
 Decir no puede lo que el alma siente;  
 Y aunque me abrasa el fuego del poeta,  
 Y en su llama ideal arde mi frente,  
 Para cantar grandeza y gloria tanta,  
 Débil nace la voz en mi garganta.

¿Ni cómo á tanto osar, si el ensalzarte  
 Fué privilegio del celeste coro  
 Que para tí, con no aprendido arte,  
 Las arpas vibra del metal sonoro?  
 Dichoso yo, si digno de adorarte  
 Fuera, y no más, cuando tu gracia imploro;  
 Dichoso yo si merecer pudiera  
 Que Dios propicio á mis plegarias fuera.

Yo nada soy; cual suele desprendida  
 Rama ligera de frondoso pino,  
 Por diferentes vientos impelida  
 Surcar el aire en desigual camino,  
 Así yo en la borrasca de la vida,  
 Empujado por denso torbellino,  
 Con vacilante marcha y paso incierto  
 Buscando voy el anhelado puerto.

Mas tengo un corazon que tu grandeza  
 Comprender sabe, y que tu gloria admira;  
 Que concibe tu espléndida belleza;  
 Que por ser bueno sin cesar suspira;  
 Que pronuncia tu nombre con terneza;  
 Que con tu excelsa majestad se inspira,  
 Y cuando, á veces, sus desdichas llora,  
 Tu nombre invoca y tu favor implora.

¿Y á quién mejor que á tí sus oraciones  
 Podrá elevar la criatura humana  
 Que el huracan feroz de las pasiones  
 Pretende arrebatar con furia insana?  
 ¿A quién mejor en duelos y aflicciones  
 Pedir resignacion y fé cristiana,

Que á la que supo la rebelde frente  
 Y el orgullo domar de la serpiente?

Y yo, aunque en Dios para mi dicha fio,  
 Y á Él mis súplicas alzo atribulado,  
 Quiero que por tí pase el ruego mio,  
 Para que llegue á Él purificado;  
 Yo en tu divina intercesion confío,  
 En tus manos me entrego sin cuidado,  
 Y á tí mi voz en la demanda cedo,  
 Porque soy pecador y tengo miedo.

Apenas á la luz del claro dia  
 Mis ojos con placer se dilataron,  
 Aun sin saber quién eras, madre mia,  
 Á pronunciar tu nombre me enseñaron;  
 Me mandaban orar, y ya, á porfia,  
 Mis oraciones hácia tí se alzaron;  
 Y aunque quién eras, mísero, ignoraba,  
 Con fé y con entusiasmo te invocaba.

Así, oh Vírgen, tu nombre sacrosanto,  
 En mi memoria que jamás lo olvida,  
 Es bella tradicion llena de encanto  
 De los primeros años de mi vida;  
 Dulce recuerdo misterioso y santo  
 De una madre ternísima y querida,  
 Flor que envueltos conserva en su fragancia  
 Los más hermosos sueños de la infancia.

Déjame, pues, oh celestial María,  
 Que á tus plantas rendido yo te adore;  
 Nave que azota tempestad bravía,  
 Justo será que tu favor implore;

Tú que tanto sufriste en tu agonía,  
Darás consuelo al que á tus plantas llore,  
Benéfica dejando que mi acento  
Suba á tí en alas del sonoro viento.

Mas no te pediré dichas terrenas,  
Ni vacíos deleites mundanales;  
Arroyo quiero ser de ondas serenas,  
No torrente de túrbidos cristales;  
Y aunque llore ignorado yo mis penas,  
Y ninguno á aliviar venga mis males,  
Nunca del vicio el huracan rugiente  
Podrá enturbiar las aguas de la fuente.

No me confundas con aquellos séres  
Que, del mal ostentando los trofeos,  
Tras impíos quiméricos placeres  
Arrebatados van por sus deseos;  
Que despues, como débiles mujeres,  
Sólo saben llorar sus devaneos,  
Y al fin pisando van duros abrojos  
Marchito el corazón, secos los ojos.

Sólo te pido, madre piadosa,  
Que en mí conserve yo la fé primera;  
Que la esperanza, amante y cariñosa,  
Sea siempre mi dulce compañera;  
Que infundas en mi pecho, generosa,  
Valor para la lucha postrimera,  
Y de mi varia suerte en los azares  
Consuelo seas tú de mis pesares.

Yo te lo pido por el tierno llanto  
Que vertiste de un hijo en la agonía:

Por el misterio grande y sacrosanto  
Que en el Calvario entónces se cumplia;  
Por tu inmenso martirio y tu quebranto;  
Por el recuerdo triste de aquel dia;  
Por el Dios que murió crucificado  
Para lavar al hombre del pecado.

AL SEÑOR

DON FRANCISCO JAVIER DE SALAS.

---

Cuando vuelve un amigo  
De extrañas tierras,  
Y me cuenta las muchas  
Cosas que viera,  
Yo, que tan solamente  
Las ví en los libros,  
Su relacion oyendo,  
¡Cuánto le envidio!  
Así cuando tú llegas  
De los viajes  
Que con el alma emprendes  
A otras edades,  
De tu saber los frutos  
Viendo en tus libros,  
Yo, que todo lo ignoro,  
¡Cuánto te envidio!

EL MOTIN.

---

Es el motin, es el motin; hirviendo  
En gritos y amenazas,  
Desbórdase furioso discurriendo  
Por calles y por plazas.  
Ronca la voz, los trajes desceñidos  
Como infernales séres,  
En tropel bullicioso confundidos  
Van hombres y mujeres.  
Armas no encuentra su furor beodo  
Para matar sin mengua;  
Son las piedras que buscan en el ludo  
Más limpias que su lengua.  
Dejad que pasen cual fugaz arista  
Que va en alas del viento;  
Abridles calle, á un lado echad la vista,  
No os manchen con su aliento.

Torpe canalla que en el crimen funda  
 Sus goces y sus glorias;  
 Escoria vil, maléfica é inmunda  
 De todas las escorias.  
 Sus manos el puñal del asesino  
 Dejara de honra llenas;  
 La cólera mezclada con el vino  
 Circula por sus venas.  
 Jamás ante contrario valeroso  
 Vibrar osan los hierros,  
 Y huyen como bandada de raposos  
 Delante de los perros.  
 Miserables que sólo de ódio insano  
 Cedieron al empuje,  
 Y ante el látigo tiemblan del tirano,  
 Que en sus espaldas cruje.  
 No es, no, la rebelion, con su grandeza,  
 De partidario ciego,  
 Que responde, arriesgando la cabeza,  
 Al fuego con el fuego.  
 Es el fango que yace en lo más hondo  
 De lago corrompido,  
 Y agítase arrojando desde el fondo  
 Su légamo podrido.  
 Vedles trepar por rejas y balcones  
 Con ímpetu salvaje,  
 Injurias vomitando y maldiciones,  
 Sedientos de pillaje.  
 Hidalguía, honradez, virtud austera  
 Son blanco de sus sañas;

La picota, el presidio y la galera  
 Pregonan sus hazañas.  
 Cunde el tumulto, aumentase el espanto  
 Del bueno en vilipendio,  
 Y por do quiera se propaga en tanto  
 La llama del incendio.  
 Seguid, seguid, inícuos campeones  
 De escándalo y maldades,  
 Vituperio de todas las naciones,  
 De todas las edades.  
 Sin temores seguid y sin cuidados,  
 Que al despuntar el día,  
 Ya os guardarán cerrojos y candados  
 El sueño de la orgía.  
 No la ilusion estúpida os halague  
 De impunidad certera,  
 Pues no hay deuda que al cabo no se pague,  
 Ni plazo que no muera.  
 De tal injuria, de tamaña afrenta,  
 Mañana avergonzada,  
 Os pedirá inflexible estrecha cuenta  
 La sociedad airada.  
 Y conservando las infames vidas,  
 Terror de honras ajenas,  
 Volverán para siempre á sus guaridas  
 Los zorros y las hienas.

## Á UNA NAVE.

---

Vedla cual dando la flotante lona,  
Al impulso del céfiro fugaz,  
En pos la nave de lejana zona  
Deja del puerto la segura paz.

Las mansas olas arrogante huella  
Presurosa mostrando su poder,  
Y sólo queda por memoria de ella  
Leve rastro que bórrase al nacer.

Vé en paz, oh nave, y próspera bonanza  
Vaya contigo, como quiero yo;  
Tambien en otro tiempo mi esperanza  
En tus frágiles muros se encerró.

Yo, como tú, la voz de la tormenta  
En medio de las olas escuché,  
Y arrostrando su furia turbulenta  
El indómito piélagro crucé.

Mas no por eso se lanzó la mente  
De visiones terrificas en pos;  
Siempre me halló la tempestad hirviente  
Con alma firme y esperanza en Dios.

Vé en paz al puerto á que tu rumbo inclinas,  
Sin que en tu contra se embravezca el mar,  
Y cual nuncios de amor las golondrinas  
En tus mástiles vayan á posar.

Jamás la tromba que iracunda ruge  
A tí se acerque con horrible son;  
Nunca tu vela con tremendo empuje  
Desgarre embravecido el Aquilon.

Que blando y leve impulso te dé sólo  
De la callada brisa el soplo igual,  
Y allá, en la noche, el apartado polo  
Para alumbrarte encienda su fanal.

Vé en paz y sin cuidados ni temores  
Á donde el cielo te permita ir,  
Desechando quiméricos terrores,  
Sin miedo én el oscuro porvenir.

Yo, al par, de nuestra mísera existencia  
Surcando el Oceano seguiré,  
Pobre tal vez de arrojo y experiencia,  
Mas rico de ilusiones y de fé.

Y en tanto el mar abriendo con la quilla,  
De remotos países vas en pos,  
Yo aguardaré tu vuelta en esta orilla  
Con alma firme y esperanza en Dios.

## AUSENCIAS.

---

Salid, suspiros míos,  
Y en pos de mi adorada  
Batid sin dejar huella  
Las invisibles alas;  
Salid, sin que dejarme  
Pueda importaros nada,  
Porque suspiros sobran  
Donde la dicha falta:  
Cuando al calor brotásteis  
De la amorosa llama  
Que fomentó en mi pecho  
Pasión que le avasalla,  
Jamás pensar pudiera  
Que presto os enviara  
Como testigos fieles  
De desventura tanta.

Contigo quedan, niña,  
Mis ilusiones castas,  
Mis dulces pensamientos  
De amor y bienandanza.  
Las niñas de mis ojos,  
Tan presto acostumbradas  
A ver en tí un dechado  
Perfecto de las gracias,  
¿En cuál objeto ahora  
Podrán fijarse avaras,  
Que no encuentren más negro  
Que noche de borrasca?  
¿Qué voz, en mis oídos,  
Tan cadenciosa y blanda,  
Hará sonar aquellas  
Dulcísimas palabras,  
Con que de claro ingenio  
Conmigo blasonabas,  
Los dos entretenidos  
En amistosa charla?  
Hoy en dolor sumido,  
Por noche y por mañana,  
Recorreré los sitios  
Donde mi amor te hallaba;  
Y al espirar la tarde,  
Bajo la verde parra  
Que con sus anchas hojas  
Guarnece mi ventana,  
Repetiré tu nombre  
Con tan dolientes ansias,

Que mármoles ablanden,  
Que rompan las montañas.

Jamás para mi gusto  
Las matinales áuras  
Que juegan entre bosques  
De mirtos y de acacias,  
Más frescas parecieron  
Que en tu donosa cara  
La celestial sonrisa  
Que de tus labios mana;  
No valen lo que el polvo  
Que huellas con la planta,  
Diamantes de Golconda  
Ni perlas de Bengala;  
Ni trovador errante  
Jamás imaginara  
Cancion que mereciera  
Decir tus alabanzas.

¿Qué flor no se deshoja?  
¿Qué hoguera no se apaga?  
¿Qué imperio no destruyen  
Trastornos y mudanzas?  
¿Qué voluntad de roble  
Al cabo no desmaya,  
Si el infortunio impío  
A su pesar le alcanza?  
En la region del aire,  
Serena y azulada,  
Alcázares de nubes  
Mi corazon formaba;

Pero de pronto el viento  
Rugió con fiera saña,  
Y al fin, como eran nubes,  
Deshízolas en agua.

Más tristes que la niebla  
Que silenciosa baja  
De la tendida loma  
Por la pendiente falda;  
Mas lóbregas y oscuras  
Para mi vida larga,  
Que de agorero cuervo  
Las pavorosas alas,  
Desde hoy sin tí mis horas  
Se trocarán, oh amada,  
En siglos de agonía  
Que lentamente pasan.

Azules como el cielo,  
Serenos como el alba,  
Modestos como el rayo  
De estrella solitaria;  
Ya no de esos tus ojos  
Las lípidas miradas,  
De gozo y de ventura  
Me encenderán el alma.  
No en la Ciudad Doliente,  
A cuya oscura entrada  
Debe el que allí penetra  
Dejar toda esperanza,  
Vió aquel insigne vate,  
Amigo de la fama,

Tormento más agudo  
 Que el que en mi mal se ensaña.  
 Matáranme desdenes,  
 Hiriéranme mudanzas,  
 Mas no la horrible duda  
 Que el pecho me desgarrá.

Te dejo, niña hermosa,  
 No sé si enamorada,  
 O acaso indiferente  
 Con quien su fé te guarda;  
 Te dejo cuando el prado  
 Se viste de esmeralda,  
 Cuando en menudo aljófar  
 La fuente se desata;  
 Y llano, monte y valle,  
 Poniéndose de gala,  
 No más que amor aspiran,  
 No más que amor exhalan.

Detesta el prisionero  
 Cadenas que le amarran  
 A dura servidumbre  
 Que su existencia gasta;  
 Y yo, sufriendo tanto,  
 Bendigo con el alma  
 Nudos que mi albedrío  
 A tu albedrío enlazan.  
 Que el cielo te acompañe,  
 Que Dios contigo vaya,  
 Que siempre te defienda  
 El ángel de tu guarda;

Mas nunca olvides, niña,  
 Que el tiempo y la distancia,  
 No en corazones firmes  
 Son lo que al fuego el agua.  
 Yo á solas, entre tanto,  
 Con mi fortuna airada,  
 Aquí llorando quedo  
 Perdidas esperanzas;  
 Cual náufrago infelice  
 Que en la desierta playa  
 Con triste faz contempla  
 Su nave destrozada.

## LA SABIDURÍA.

---

Oid todos los buenos,  
Que sois de un Dios hechura y semejanza,  
Cuántos al mal ajenos  
Alentais de otra vida la esperanza;  
Oid y en vuestra mente  
Conservad mis preceptos escondidos,  
Que en ellos, juntamente,  
Doy gusto al corazón y á los oídos.  
Yo soy dulce y hermosa,  
Como lirio entre juncos y espadañas;  
Gallarda y poderosa,  
Como el cedro que viste las montañas.  
La luz del sol tranquila  
No empaña de mis ojos los reflejos;  
Panal que miel destila  
Son de mi voz los regalados dejos.

En mí acaba la duda  
Que males y desdichas sólo arguye;  
La fé en mi amor se escuda;  
En mí principia el bien, y en mí concluye.  
Yo sé toda la historia  
De sucesos sin fin que áun no llegaron;  
Archivo es mi memoria  
De siglos y de cosas que pasaron.  
Antes que de alegría  
Bañase al mundo la primer mañana,  
Ya escondida vivia  
Del señor en la mente soberana.  
Yo le ví levantando  
De la pesada esfera los cimientos,  
A su fin ordenando  
Los varios y confusos elementos.  
Del uno al otro polo  
Marché tras Él con incansable brio,  
Y á su querer tan sólo  
Ví poblarse de mundos el vacío.  
Cuando encendió las fraguas  
Que nuestro globo en su interior encierra;  
Cuando apartó las aguas  
Y marcó los confines de la tierra;  
Y comprendí en seguida  
De su designio todos los arcanos,  
Mirando complacida  
La maravilla inmensa de sus manos.  
Allí donde Él se ostenta  
Yo voy en pos de su poder testigo,

Y quien con Él no cuenta,  
 Ese tampoco contará conmigo.  
 De los fingidos sabios  
 En vano me persigue la jactancia,  
 Porque al mover mis labios  
 Terror siente y congojas la ignorancia.  
 Mucho en el mundo valen  
 La salud, la fortuna y el contento;  
 Mas no penseis que igualen  
 En poder al divino entendimiento.  
 ¿Quién de borrasca dura  
 Pudo sin miedo contemplar las huellas?  
 ¿Quién supo en noche oscura  
 Numerar del espacio las estrellas?...  
 Dichoso el varon justo  
 Que en mí su bien y su esperanza fija,  
 Que en mí pone su gusto,  
 Y en mi amor se deleita y regocija.  
 Ese vivirá honrado,  
 De la ambicion y la calumnia léjos,  
 Y morirá envidiado  
 De los niños, al par, y de los viejos.  
 Mas nunca en la licencia  
 Recogió el hombre del saber los dones,  
 Porque de Dios la ciencia  
 Se aleja de los malos corazones.  
 Quien sabe hallar la gracia  
 Que lleva en gérmen de mi amor los frutos,  
 Con ella la eficacia  
 Logrará de mis nobles atributos.

Yo le abriré una senda  
 Siempre libre de espinas y de abrojos;  
 Yo apretaré la venda  
 Que colocó la fé sobre sus ojos;  
 Y al fin de la jornada  
 Yo aguardaré velándole en el lecho,  
 Su postrimer mirada,  
 El último suspiro de su pecho.

## EL SUEÑO DE UN LOCO.

---

Surcando el Océano  
Va de Colon la frágil carabela,  
Y cual humo liviano,  
Sobre las ondas vuela  
En pos dejando luminosa estela.  
Sólo á bordo velaba  
El nauta ilustre que el timon regia,  
Y en mirar se esforzaba,  
Por ver si descubria  
La tierra que á los suyos prometia.  
Mas vió que de repente,  
Bella cual la ilusion que el alma adora,  
Surgió del mar potente  
La deidad seductora  
Que en los abismos de las aguas mora.

Y con voz más suave  
Que del céfiro blando la armonía,  
En tono dulce y grave  
Así á Colon decia,  
Que pasmado y atónito le oia:  
En paz á estas regiones  
El varon llegue, cuya inmensa gloria  
Vivirá en las naciones,  
Más que vive en la historia,  
De Alejandro y de César la memoria.  
Temblaban los osados,  
El duro pecho vacilar sintiendo,  
Al contemplar pasmados  
El combatir horrendo,  
Y de las olas el terrible estruendo.  
Tú, de esperanzas lleno,  
A la lid con indómita pujanza  
Te arrojaste sereno,  
Cual soldado que avanza  
En alto puesta la fornida lanza.  
Y no en sangre teñido  
El verde lauro que tu sien corona  
Se muestra oscurecido,  
Que más tu gloria abona  
La piedad porque Dios te galardona.  
Por tí los nobles reyes  
Que á incógnitas regiones te enviaron  
Para extender sus leyes,  
Más reinos conquistaron  
Que provincias sus padres gobernaron.

Ya de un rincon de España  
 Salir veo al intrépido extremeño,  
 Cuya bélica saña  
 De un mundo le hará dueño  
 Que abatirá á sus piés el torbo ceño.

En pos de él á millares  
 Héros sin par, domando la fiereza  
 De los revueltos mares,  
 Colmarán tu grandeza,  
 Cumplida cima dando á tal proeza.

A países remotos  
 Se lanzaran las españolas quillas  
 Por caminos ignotos,  
 La fé de ambas Castillas  
 Llevando á las antípodas orillas.

Y no sólo arrogante  
 Tu gloria ensalzará fama terrena,  
 Que ya desde este instante  
 Tu claro nombre llena  
 Hasta del cielo la mansion serena.

Por tí la dulce lumbre  
 Que circundó con luz inmaculada  
 Del Gólgota la cumbre,  
 A entrar va en la morada  
 Del vicio y la ignorancia fabricada.

Allí donde el veneno  
 Vertió Luzbel de torpe idolatría,  
 La cruz del Nazareno  
 Se adorará á porfía,  
 Y la sagrada imágen de María.

Dió el infierno un gemido  
 Su furia al ver de tu fortuna esclava,  
 Y el Teide, estremecido,  
 Lanzó con furia brava  
 Ígnea columna de fundida lava.

Mas no el ánimo fuerte  
 Llegó á cejar en su atrevido intento,  
 Y luchó con la muerte  
 Una vez y otras ciento,  
 Sin rendirse jamás al desaliento.

¿Quién osará igualarte?  
 ¿Quién el premio logró que tú has logrado?  
 ¿Dónde el hijo de Marte,  
 Dónde el audaz soldado  
 Que triunfo alcanzó tan señalado?

Consuma, pues, tu hazaña;  
 Contra el ódio la fé te dará abrigo;  
 De tu grandeza extraña  
 Todo el orbe es testigo;  
 La bendicion divina va contigo.

Calló el ángel, é hiriendo  
 El líquido cristal con el tridente,  
 Leve luz esparciendo,  
 Que destelló su frente,  
 Hundióse bajo el agua lentamente.

Fiado en su ventura,  
 Siguió Colon bogando sin recelo,  
 Mientras la noche oscura,  
 Con sosegado vuelo,  
 Se arrastra perezosa por el cielo.

Y al romper la mañana  
La densa bruma que la costa encierra,  
Rodrigo de Triana,  
Que á un tope el cuerpo aferra,  
Con poderosa voz cantó la tierra.

## LA CASCADA.

---

Ecós dando al horizonte  
Y á la frondosa enramada,  
Salta rápida cascada  
Desde la cima del monte.

Mal escondida en la bruma  
Que alzan sus propios raudales,  
Rompe, hiriendo sus cristales,  
En copos de blanca espuma;

Y del sol á los reflejos,  
Que alzan vivos resplandores,  
Pinta rayas de colores  
En sus trémulos espejos.

El aire que la rodea,  
Envidiando su frescura,  
En tocar su linfa pura  
Parece que se recrea;

Y unos en otros fundidos  
De ambos los castos arrullos,  
Fingen gárrulos murmullos  
Que embelesan los oídos.

—

Allí, á la sombra sentado  
Del álamo corpulento,  
En cuyas ramas el viento  
Gime al pasar fatigado,  
Es grato ver por las breñas  
Cayendo la catarata,  
Que en viva lluvia de plata  
Va salpicando las peñas.

Calles formando infinitas,  
Que mil caprichos ofrecen,  
Allí entre la hiedra crecen  
Claveles y margaritas.

Los céfiros voladores,  
Que vienen por mil caminos,  
Le llevan los dulces trinos  
De alondras y ruiseñores;

Y así, con raro donaire,  
Música dan, concertada,  
Los ecos de la cascada  
Y los suspiros del aire.

—

Límpida y clara corriente,  
Que al bajar entre las rocas,

Muestras de cándidas tocas  
Ceñida la blanca frente:

Dí si despues de aquel día,  
Que tanto recuerdo yo,  
De nuevo á verte volvió  
La prenda del alma mía.

La doncella encantadora,  
Cual ninguna hermosa y buena,  
Cuya gracia me enajena,  
Cuyo ingenio me enamora;

La que al noble discurrir  
De gallardo entendimiento,  
Une, con púdico acento,  
Las galas del buen decir.

Y si modesta y sencilla,  
Como flor en los rastrojos,  
De nuevo sus claros ojos  
Fija en tí desde la orilla,

Haz que magnífica y bella,  
Modelo de cien primores,  
Brote una alfombra de flores  
En donde estampe su huella;

Que al contemplarla indecisa  
La brisa murmuradora,  
La deje oír seductora  
Su más amable sonrisa;

Y así, al mirar su donaire,  
Música den, concertada,  
Los ecos de la cascada  
Y los suspiros del aire.

Á LA SEÑORITA

DOÑA PILAR ELÍO Y MAGALLON.

---

Bendita seas, celestial doncella,  
Portento de donaire y de candor,  
Niña que vas, encantadora y bella,  
Vertiendo gracias é inspirando amor.

Bendito de esos ojos peregrinos  
El penetrante plácido mirar,  
Y el coral de tus labios purpurinos,  
Cual nunca el hombre lo encontró en el mar.

Envidia el sol tu rubia cabellera  
Como el oro finísimo de Ofir;  
Celosa el áura gime en la pradera  
Al contemplar tu amable sonreir;  
Y yo, que admiro con afan sincero  
Tus hechizos sin fin y tu bondad,

En estos versos consagrarte quiero  
Recuerdo de purísima amistad.

No, empero, temas que tu blanca frente  
Ruborice mi pobre inspiracion;  
Nada en ella verás, niña inocente,  
Indigno de tu honesto corazon;

Ni rastro vil de adulacion mezquina  
En mis versos tampoco encontrarás;  
Por más que ensalce tu beldad divina,  
Mucho más vales y mereces más.

Dichosa tú, bellísima sirena,  
Que del rostro al encanto seductor,  
Un alma juntas pudorosa y buena  
Que á imágen suya te infundió el Señor.

Dulce y más puro que la luz del dia  
Cuando ilumina tu risueña faz,  
Tu espíritu gentil es la alegría,  
Son tus palabras símbolo de paz;

Y el noble instinto que á lo bueno atento  
Guarda tu pecho generoso y fiel,  
Tiene, así cual tu casto pensamiento,  
El gusto y la fragancia de la miel.

Si el genio de un soldado valeroso  
Y su audacia sin par sintiera en mí,  
Sin otorgarme punto de reposo  
Cien pueblos conquistara para tí;

Y allá, de opuestas y distantes zonas  
Que baña el mar con movedizo tul,  
Á tus piés arrojara más coronas  
Que estrellas tiene el firmamento azul.

Dios que la fuerza y el poder aduna,  
 Sin cuento glorias te dará quizás;  
 Por mucho que te halague la fortuna,  
 Mucho más vales, y mereces más.

A.....

Ven junto á mí, castísima hermosura,  
 Fuente de inagotable sentimiento,  
 Manantial de cariño y de ternura,  
 Astro de bendicion y de contento:

Ven, niña, junto á mí; tu rostro amigo  
 Siempre lo hallé como ninguno amable;  
 Yo quiero verte y platicar contigo  
 En coloquio de amor interminable.

Néctar como las frases cariñosas  
 Que brotan de tu labio á maravilla,  
 Nunca dieron abejas codiciosas  
 En los huertos de Córdoba y Sevilla;

Ni de Mayo á los tibios resplandores  
 Con que el sol en Oriente se levanta,  
 Brotó la tierra matizadas flores  
 Dignas de ser holladas por tu planta.

Porque eres bella tú y encantadora  
 Como son las veladas del estío,  
 Cuando la noche desde el cielo llora  
 Gotas sin fin de virginal rocío.

Al contemplarte pasajera fuente,  
 Con tu preciosa imágen se engalana;  
 Te guarda el sueño, dulce y mansamente,  
 El áura que murmura en tu ventana...

Palomas que arrullásteis placenteras  
 El canto de los toscos segadores,  
 Decidme si encontrásteis en las eras  
 Algo como el amor de mis amores;

Decidme si al cruzar por la espesura,  
 En tropel y algazara bullidora,  
 Hallar pudisteis rústica hermosura  
 Cual la hermosura que mi pecho adora.

Tú, más cándida y pura que el armiño;  
 Alma llena de luz y de armonía;  
 Inocente y sencilla como el niño,  
 Todo candor, modestia y alegría:

Ven junto á mí; ya el ave en la enramada  
 El vuelo tiende rápida y ligera,  
 Oyendo cuál la llama enamorada  
 Desde el nido la dulce compañera;

Yo tambien desde el fondo de mi pecho  
 Llamo al objeto de mi amor bendito;  
 Para vivir en calma y satisfecho,  
 Tambien tu compañía necesito.

Mi corazon, como ninguno amante,  
 En quererte no más su gloria fia;

Tu celestial imágen ni un instante  
 Olvidar puede la memoria mia;

Es para mí tu hablar dulce y discreto  
 Aun más que el jugo de la vid sabroso;  
 Más blando que el murmurio con que inquieto  
 Gime al pasar arroyo bullicioso.

Jamás placer soñaron mis oidos  
 Que se pueda igualar al de escucharte;  
 Mis ojos por los tuyos atraidos  
 No se cansan jamás de contemplarte.

Do quier me finge mi tenaz deseo  
 Ecos de tus palabras seductoras;  
 Cuanto más léjos de mi amor me veo,  
 Más presente le tengo á todas horas.

Ven conmigo; mi tierno pensamiento,  
 Que sólo en tí se fija y reconcentra,  
 Un tesoro de amor halla en tu acento,  
 Dichas sin fin en tu mirada encuentra.

Yo admiro en tí el espíritu sublime  
 Con que entre todas arrogante brillas;  
 Y tal nobleza á tu persona imprime,  
 Que es preciso adorarte de rodillas.

No envidies tú, no envidies la ventura  
 De aquellos infelices cuya ciencia  
 No supo nunca hácia region más pura  
 Levantar corazon é inteligencia.

Deja que vague á su placer la mente  
 Por esos mundos con intenso vuelo;  
 No hay quien no pueda, con alzar la frente,  
 Desde la tierra contemplar el cielo.

Jamás por nada teme y se amedrenta  
 Quien es de un Dios hechura y semejanza;  
 El que instinto inmortal guarda y alienta,  
 Debe medir cuanto la vista alcanza.

¿No es verdad, tú el más bello de los séres,  
 Tú de hermosura virginal lucero,  
 Que admites mi pasión y que me quieres  
 Tanto, ángel mío, como yo te quiero?

Yo en cambio, con delicia te lo juro:  
 Nunca los golpes de infortunio esquivo  
 Robarán este amor inmenso y puro  
 A quien en tanto amor vive cautivo.

Para no amarte, niña encantadora,  
 No haberte visto necesario fuera,  
 Ni á quererte alcanzara más que ahora,  
 Cien y cien veces que á nacer volviera.

EN EL ÁLBUM

DE LA SEÑORA MARQUESA DE CASA TORRES.

---

Si tienes el corazón  
 Tan bello como la cara,  
 Y cual las gracias del cuerpo  
 Son los donaires del alma;  
 Si de esos tus claros ojos  
 La penetrante mirada,  
 Tu inteligencia revela  
 Y tus virtudes proclama;  
 Si todo aquel que ha gozado  
 Tu amistad discreta y franca,  
 Tiene por ventura insigne  
 Merecerla y cultivarla,  
 ¿Qué pudiera yo contarte,  
 Ni decir en tu alabanza,

Que de tí no fuera indigno  
Por mucho que lo esforzara?

Dichoso el primer instante  
En que á verte, alborozadas,  
Bajaron las frescas brisas  
De los montes de Navarra;

Dichosa la tierra aquella  
De ilustres varones patria,  
Cuna de reyes famosos,  
Templo de heróicas hazañas;

Dichosas, en fin, mil veces  
De Pamplona las murallas,  
Que en su recinto guardaron  
Tanto ingenio y tanta gracia.

Nunca orgullosa palmera  
De los desiertos de Arabia,  
Dió tan regalado fruto  
Como tu fácil palabra;

Ni pintó fuente serena,  
Que entre flores se desata,  
Tan noble y gentil persona  
En sus clarísimas aguas.

Señora de ojos azules  
Como los cielos de España;  
Tesoro de ricas dotes;  
Modelo de prendas raras:

Jamás huracan sañudo  
Agite sus negras alas  
En el verjel donde arraiguen  
Las flores de tu esperanza;

Y en tanto vives y alientas  
En este valle de lágrimas,  
Do quiera tiendas la vista,  
Do quiera fijas la planta,  
Dios te dé más bendiciones,  
Y más bienes en tí caigan,  
Que hechizos tiene y encantos  
La sonrisa de tu Blanca.

A LA LUZ DEL CREPÚSCULO.

---

    Cuando el postrero  
Fulgor del día  
Tiñe las nubes  
De oro y carmin,  
Y poco á poco  
La noche umbría  
Viene mostrando  
Luces sin fin,  
    De la belleza  
Que me enamora,  
Mis pensamientos  
Volando en pos,  
Inquietos miran  
Venir la hora  
En que solemos  
Hablar los dos.

    ¡Ay, cuántas veces,  
Angel querido,  
Tu dulce imágen  
En sueños ví;  
Cuántas y cuántas  
Me he sorprendido  
Sin yo saberlo  
Pensando en tí!  
    En todos lados,  
A todo instante,  
Conforme el tiempo  
Corre veloz,  
Tu noble rostro  
Miro delante;  
Vibra en el alma  
Tu dulce voz.  
    Sin duda, oh niña,  
Nos encontramos  
Para querernos  
Hasta morir;  
Y ambos unidos  
Al par cruzamos  
El mar inmenso  
Del porvenir.  
    Tú eres el puro  
Casto lucero,  
Que sobre el polo  
Muestra la faz;  
Yo la inflexible  
Barra de acero,

Que al Norte siempre  
Miró tenaz.

Tú eres arroyo  
Que cristalino,  
De entre las peñas  
Limpio brotó;  
Yo el fatigado  
Buen peregrino,  
Que en sus raudales  
La sed templó.

Si las riquezas  
De amor prefieres,  
Y sus dulzuras  
Busca tu afán,  
Por la más rica  
De las mujeres  
De fijo todas  
Te envidiarán.

Mejor que minas  
De plata y oro,  
Que mal responden  
Á mi pasión,  
Para tí sola  
Guarda un tesoro  
De amor inmenso  
Mi corazón.

Alma bendita,  
Que dentro encierra  
Las ilusiones  
Que yo soñé:

Tú eres el cielo,  
Yo soy la tierra,  
Tú la esperanza,  
Yo soy la fé.

Para tí sola,  
Gentil criatura,  
Para tí sola  
Conservo yo  
Tanto cariño,  
Tanta ternura,  
Cual ningún hombre  
Jamás sintió.

Quiera la noche  
Manso beleño  
En tus rasgados  
Ojos verter;  
Quiera en los brazos  
De alegre sueño,  
Con el descanso  
Darte el placer.

Y cuando esquite  
La paz tranquila  
Del blando lecho  
Tu despertar,  
Si en la vidriera,  
Que leve oscila,  
Tímidamente  
Sientes llamar,  
No te imagines  
Tales lamentos,

Ecós del aura  
Que gime allí:  
Son, niña hermosa,  
Mis pensamientos,  
Que madrugaron  
Por verte á tí.

## EL ESTÍO.

Á MI SOBRINA

CÁRMEN QUINDÓS Y VILLAROEL.

---

Huyó la primavera; de Mayo delicioso  
Los últimos suspiros el céfiro exhaló;  
Las horas de la siesta convidan al reposo;  
El tiempo del descanso, magnífico llegó.

Huyamos á otra parte, dejemos el bullicio  
Y el aire opaco y denso que abruma la ciudad;  
Los campos nos ofrecen asilo más propicio,  
Donde encontrar podemos holgura y libertad.

Tus libros, sin pesares ni escrúpulos desdeña,  
Que en vano ahora quisieran tu mente divertir;  
Allí leerás en uno que mil cosas enseña  
Cual nunca las pudieran los hombres concebir.

Con bellos caracteres sus páginas benditas  
 La sábia omnipotencia por sí misma llenó;  
 Contienen sus renglones verdades infinitas  
 Que aclaman la grandeza de aquel que las dictó.

Allí es más puro el cielo, más puras las estrellas,  
 Mayores horizontes preséntanse do quier;  
 Las tardes son más claras, las noches son mas bellas,  
 La holganza es el fastidio, la vida es el placer.

Sin miedos ni cuidados que turben tu alegría,  
 Gustando á cada instante gratisima emociion,  
 En el trascurso breve de presuroso dia  
 Palpitará mil veces tu vírgen corazon.

Cuantos rumores vagos arrullan los oidos,  
 Cuanto la vista puede sin pena distinguir,  
 Son cánticos que saben, con mágicos sonidos,  
 De suma inteligencia la excelsitud decir.

Si en lunas venecianas el cándido reflejo  
 De tu apacible rostro anhelas ver quizá,  
 Cada sonora fuente te mentirá un espejo,  
 Cada dormido lago tus ojos copiará.

Y al espirar la tarde, pintando en Occidente  
 Mil varios tornasoles de nácar y arrebol,  
 Tendrás, niña querida, para adornar tu frente,  
 Los postrimeros rayos del moribundo sol.

Allí nada se encuentra, allí no se vé nada  
 Que deje de ofrecerle al ánimo interés,  
 Desde el azul que viste la bóveda estrellada,  
 Hasta el menudo polvo que huellas con los piés.

De arroyos cristalinos en el parlero acento,  
 De bulliciosas brisas en el amable son,

Hallar sabrá constante tu noble pensamiento  
 Inagotable gérmen de dulce inspiracion.

En medio de los prados espléndidos y amenos,  
 Que ostentan siempre alegres perpétua juventud,  
 Los corazones, todos, aprenden á ser buenos,  
 Detéstanse los vicios, se adora la virtud.

Del tardo buey al paso, que marcha indiferente,  
 El labrador trabaja con incansable afan;  
 Y al dar sudor al suelo, de su cansada frente,  
 La tierra agradecida se lo devuelve en pan.

Trepando va la hiedra del monte por la falda;  
 La vid cubre los troncos de espléndido verdor;  
 Sacude el pino al aire su cima de esmeralda;  
 Las tórtolas arrullan y canta el ruisseñor.

Repite sus balidos el corderillo errante;  
 Suspira mil perfumes simbólico azahar,  
 Y al pasajero soplo de céfiro inconstante  
 Ondulan las espigas como revuelto mar.

Por áspero sendero pausadamente chilla  
 Carreta que transporta los haces en monton;  
 Escúchanse los ecos lejanos de la trilla,  
 Que forman en las eras alegre confusion.

Dobléganse las cañas al soplo de la brisa  
 Que toma de las cumbres frescor primaveral,  
 Y salta el arroyuelo con plácida sonrisa  
 Rompiéndose en aljófara su líquido cristal.

Si nube de tormenta, que avanza desbordada,  
 Al ánimo cobarde causárate pavor,  
 Asilo encontraremos, seguro, en la morada  
 Donde los hijos duermen del pobre segador.

Y al despuntar el alba , al sol del medio dia ,  
 Los lindes del ocaso la tarde al trasponer ,  
 Respirarás ambientes de inmensa poesía ,  
 Inacabables áuras de amor y de placer .

Corramos á los campos , y libres de la nimia  
 Y frívola costumbre que impera en la ciudad ,  
 Hasta que llegue el tiempo feliz de la vendimia  
 Gocemos con deleite de holgura y libertad .

Y luégo, cuando vuelvan de invierno triste y frio  
 Las brumas y las nieblas los aires á invadir ,  
 Podrás con los recuerdos hermosos del estío  
 De sus pesadas noches las horas divertir .

## CANCION .

---

Dulcísima señora ,  
 De mi querer y mi albedrío dueña ,  
 Para el que fiel te adora  
 Mas grata y halagüeña  
 Que la ilusion con que la mente sueña :

Jamás en el estío,  
 Del pobre labrador fué tan amada ,  
 Cual tú del pecho mio ,  
 La espiga sazónada  
 Por el ardor canicular dorada ;

Ni pareció tan bella  
 En la borrasca, al navegante osado ,  
 Clara y fúlgida estrella  
 Que al puerto suspirado  
 Enderezara el rumbo extraviado .

Mi corazón prendiste  
 Con la llama de inmensa simpatía;  
 Por eso, aunque ando triste,  
 Al verte, oh vida mía,  
 Me sobrecoge súbita alegría.

Hermosa eres, hermosa,  
 Como palma gentil en el desierto,  
 Como fragante rosa  
 Que en el florido huerto  
 Mece al pasar el airecillo incierto.

De nieve y alelúes  
 En tu rostro sin par las tintas miro;  
 Tus labios son rubíes;  
 Es ámbar tu suspiro,  
 Y tus ojos afrenta del zafiro.

Luces no tiene el cielo  
 Cual tu mirada limpias y serenas,  
 Y el polvo que en el suelo  
 Vas levantando apenas,  
 Es gérmen de amapolas y azucenas.

Vuélveme ya, querida,  
 Vuélveme el corazón que me has robado,  
 O quítame la vida  
 Y acabe mi cuidado,  
 Que es grave mal estar enamorado.

¡Cuán tímido y medroso  
 Gime el céfiro errante en la cañada!  
 Así, tierno y gracioso,  
 Al alma enamorada  
 Es el acento de la voz amada.

Ardan en fieras guerras  
 Y en pos caminen del odioso Marte,  
 Los que ambicionan tierras,  
 Llevando su estandarte  
 De una parte del mundo á la otra parte.

A mí para mi gloria  
 Me basta de tu amor con la ternura;  
 Que no mayor victoria  
 Mi corazón procura,  
 Ni jamás alcanzó tanta ventura.

Pensando en tu cariño  
 Todo mi ser se turba y enajena,  
 Y tiemblo como un niño  
 Cuando tu voz serena  
 De inexplicable júbilo me llena.

Castísima paloma  
 En cuyo seno la inocencia anida,  
 Flor de inmortal aroma,  
 Perla del mar venida  
 Y entre conchas y nácares nacida.

¡Ay! ¿quién podrá mirarte  
 Y afrontar de tus ojos los destellos?  
 ¿Quién logrará encontrarte,  
 Que al ver tus rizos bellos  
 No deje el alma aprisionada en ellos?

Tu amor es mi existencia,  
 Porque en él se sostiene mi esperanza;  
 Y atérrame la ausencia  
 Si el pensamiento alcanza  
 A suponer en tí duda ó mudanza.

Mas no grave y severo  
 Me tornes, ángel mio, el rostro hermoso,  
 Que es amor verdadero,  
 Cual niño caprichoso,  
 De suyo suspicaz y receloso.

Huyan, sí, confundidos,  
 Presentimientos de imposibles males,  
 Y hieran mis oidos  
 Los ecos virginales  
 Y el dulzor de tus frases celestiales.

¡Ay, tú no sabes cuánto  
 El dulce afan con que te adoro crece,  
 Ni cómo en fuego santo  
 Mi pecho se estremece,  
 Y de placer y dicha desfallece!

Buscaban las ovejas  
 La grata sombra del ameno prado,  
 Y al escuchar mis quejas,  
 Con paso sosegado  
 Poco á poco vinieron á mi lado.

Ven tú tambien; entremos  
 Los dos en mi cabaña campesina,  
 Y allí discurriremos  
 En charla peregrina,  
 Como tan sólo amor se la imagina.

Que á mí para mi gloria,  
 De tu pasion me basta la ternura;  
 Pues no mayor victoria  
 Mi corazon procura,  
 Ni jamás alcanzó tanta ventura.

## LA VUELTA DEL CABALLERO.

---

Por la vereda que hácia el castillo  
 Salva los riesgos de hondo barranco,  
 Viene á lo léjos noble caudillo  
 Armado todo de punta en blanco.

De orgullo henchidos los corazones,  
 Forman su escolta cien caballeros;  
 Detrás caminan muchos peones;  
 Vienen delante los prisioneros.

Es el que un dia tras otro dia,  
 Llena de miedo, lloré en la guerra;  
 Es el esposo del alma mia,  
 Que al fin triunfante volvió á su tierra.

Le reconozco por lo arrogante  
 Que al frente marcha de su mesnada;  
 Por lo gallardo de su talante;  
 Por el penacho de su celada.

No hay en el mundo dos infanzones  
 Que compararse con él merezcan;  
 No hay adalides ni campeones  
 Que por su arrojo se le parezcan.

Siempre que osado salió á campaña,  
 De tales prendas mostró tesoros,  
 Que, entusiasmados por tanta hazaña,  
 Batieron palmas los mismos moros.

Disimulando su inútil ira,  
 Fieros musulimes le obsequian finos;  
 Cuando él descansa, Murcia respira;  
 Temen su enojo los granadinos.

Si fuerte lanza blande sañudo,  
 Alarde haciendo de su bravura,  
 Contra su brazo no hay fuerte escudo,  
 Templado peto, ni malla dura.

Cuando el rey santo ganó á Sevilla,  
 Tiñendo en sangre mar de esmeralda,  
 Él fué el primero que de Castilla  
 Clavó pendones en la Giralda.

Y en aquel día gentes sin cuento,  
 Que de su rabia fueron testigos,  
 Diz que cual parva que lleva el viento  
 Iban delante sus enemigos.

Más de tres lunas há que recorre  
 Con sus jinetes la Andalucía;  
 Yo á despedirlos subí á esta torre,  
 Mal dominando la angustia mia.

Cuando á lo léjos desaparecieron,  
 Quedéme sola junto á una almena;

Segun afirman los que me vieron,  
 Lloraba tanto, que daba pena.

Mas hoy al cabo torna á mis brazos  
 De verde lauro la sien orlada;  
 Hoy sin más treguas ni nuevos plazos,  
 Al frente vuelve de su mesnada.

Vengan juglares y trovadores  
 Que el valor canten del gran guerrero;  
 Tocad trompetas, batid tambores,  
 Llegó triunfante mi caballero.

Ricos tapices y alfombras bellas,  
 De los festines cubran la sala;  
 Vistan mis pajes y mis doncellas  
 Sus más lucidos trajes de gala.

Duelo en el alma ninguno esconda,  
 Y hasta que limpio luzca otro día,  
 Todos unidos á la redonda  
 Vaciad la copa de la alegría.

Ya á ver alcanzo toda empolvada,  
 Sujeta á un lado con nudo estrecho,  
 La rica banda por mí bordada  
 Que siempre lleva sobre su pecho.

En sus amores el alma puesta,  
 De dos en fondo formando calle,  
 A trote largo sube la cuesta  
 Que hace el camino, dejando el valle.

Ya del castillo, con los mejores,  
 Llegó á las puertas el gran guerrero;  
 Tocad trompetas, batid tambores,  
 Volvió triunfante mi caballero.

## LA TORRE DE LA IGLESIA.

---

Cuando la lumbre solar  
Se apaga en el Occidente,  
Y sólo llena el ambiente  
Vaga luz crepuscular;

En esas horas de calma  
Llenas de quietud bendita,  
En que con fuerza palpita  
La casta vida del alma;

Cuando en silencio sumidos  
Sólo espíritu alentamos,  
Y cual nunca recordamos  
A los muertos y á los idos;

¡Cómo de léjos recrea  
Mi corazón solitario,  
La vista del campanario  
De la iglesia de la aldea!

Que en lenguas de bronce vivas,  
Con voz que vibrante clama,  
Por la hendidura nos llama  
De las góticas ojivas.

Imposible medir es  
Cuánto la mente recorre,  
Siempre que mira una torre,  
Siempre que mira un ciprés.

Todo aquello que se lanza  
Entre la tierra y el cielo,  
Paréceme acá en el suelo  
Imágen de la esperanza;

Y entónces todas las mias  
Se vuelven de nuevo á alzar,  
Y van mi pecho á llenar  
De ignoradas alegrías.

De esa mole de granito  
Que entre todo sobrepuja  
Y audaz proyecta su aguja  
Sobre el azul infinito,

Por las delgadas labores,  
Los remates afilados  
Que parecen fabricados  
De sombras y de vapores,

Tan clara la luz anida,  
Tan limpio el aire se mece,  
Que un espíritu parece  
Con pensamiento y con vida.

Bien haya el que levantó  
Su cúspide á tal altura,

Y aquel que la piedra dura  
Con hábil mano talló.

De las montañas vecinas  
Huyendo los aquilones,  
Anidan en sus rincones  
Palomas y golondrinas;

En rafaga turbulenta,  
Formando pardos doseles,  
Sacude sus capiteles  
El soplo de la tormenta;

Y al rozarla de soslayo,  
Entreabriendo el hondo seno,  
Revienta sobre ella el trueno,  
Corona su cima el rayo.

Imágen dulce y cabal  
De la voluntad honrada,  
Contra quien no pueden nada  
Las iras del vendaval,

Y á cuya sombra, sin penas  
Ni vicios que las aflijan,  
Se amparan y se cobijan  
Las almas santas y buenas.

Quédate á Dios, bella torre,  
Y jamás olvido frio,  
Penetrando el pecho mio,  
Tu grato recuerdo borre.

Quédate á Dios, siempre siendo  
Ejemplo á la humanidad  
Del fervor y la piedad  
Que todos vamos perdiendo.

De arquitectónica ciencia  
No sólo al mundo eres pasmo;  
Te levantó el entusiasmo,  
Te olvida la indiferencia;

Que hoy, del siglo en los azares,  
Los hombres van con estruendo  
Olvidando y destruyendo  
Las torres y los altares.

Yo no; colmado con creces  
Viera un inmenso placer,  
Si te pudiera volver  
A contemplar muchas veces.

Siempre que las fuerzas mías  
Desfallecidas faltaron,  
En una torre encontraron  
Esperanzas y alegrías;

Ya cuando buscando incierto  
En las borrascas abrigo,  
Marcábame faro amigo  
La dulce senda del puerto;

Ya cuando oyendo lejanas  
Tus campanas musicales,  
Iba olvidando mis males  
Al eco de tus campanas...

Y cuando, pálido y yerto,  
Los vivos tumba me den,  
En una torre también  
Por mí doblarán á muerto.

## UN MENSAJE.

---

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA DOÑA FERNANDA DE BERRAMENDI.

---

Gilguerillo de pico parlero,  
Que alegre y ligero  
Tus plumas ostentas de vario color,  
Vuela, vuela, y si ves á la bella  
Divina doncella  
Que adoro, le dices que muero de amor.  
Le dirás que sin ella penando  
Me paso llorando  
La vida, y quisiera mil veces morir;

Le dirás que sin ella es un yerto  
Estéril desierto  
El mundo que mira mi amargo gemir.  
Que sin ella la lumbre del dia  
Es noche sombría,  
Y falta á la tarde su hermoso arrebol;  
Que sin ella la luz de la luna  
Es lumbre importuna,  
Y pálidos nacen los rayos del sol.  
Que sin ella carecen las flores  
De aroma y colores  
Que un punto distraigan mi duelo y mi afan;  
Que sin ella cascadas y fuentes  
Son turbios torrentes  
Que siembran tristezas do quiera que van.  
Dijo, y triste profundo gemido,  
En son dolorido,  
Ligero en los aires el eco llevó;  
Y escuchando tan tiernos amores,  
Temblaron las flores,  
Callaron las auras, el ave gimió.

## UN VIAJE.

---

ORIGINAL DE MR. MERY.

TRADUCCION

DEDICADA Á LA SEÑORA MARQUESA DE CASA TORRES.

---

Los varios pasajeros que sobre frágil nave  
Un mundo y otro mundo se aprestan á cruzar,  
De la amistad se ligan con vínculo suave  
Cual si la suerte nunca los fuera á separar.

Flotantes soledades, inmensos oceanos,  
Incertidumbres fieras que guarda el porvenir,  
Oblíganles á verse tan sólo como hermanos  
Y arteras disensiones triunfantes combatir.

Así diversas gentes unidas y agrupadas  
Ante los mil peligros que fueron y serán,  
Asidos de la mano, las almas enlazadas,  
Formando una familia, por donde quiera van.

Cubierta de viajeros, siguiendo rumbo incierto,  
Flotante en el espacio la tierra es un bajel,  
Sin que ninguno pueda saber cuál será el puerto,  
La hospitalaria costa que le reciba fiel.

Allí nadie conoce qué playas celestiales  
Para su débil nave la esfera poblarán,  
Qué mundo inesperado, qué orillas infernales,  
Qué tierras ignoradas de pronto surgirán.

Y en vez de hacer en calma tan áspero camino,  
Prudentes en la dicha y en paz ante el dolor,  
Para aguardar, serenos, arcanos que el destino  
Resérvales cubiertos de velo engañador,

Por el rencor opresos, de cólera cegados,  
Bajo el menor motivo desgarran sin piedad  
De fraternal afecto los vínculos sagrados,  
Los pactos que solemnes firmara la amistad.

Y cual si al fin la muerte que en torno de ellos zumba,  
Su poderoso auxilio pidiérais tal vez  
Para nutrir la yerba, que en torno de la tumba,  
El suelo estéril viste de horror y lobreguez,

Cansados peregrinos en cuyo pecho alientan  
Pasiones insensatas de instinto destructor,  
En batallar eterno de sangre se alimentan,  
Y en luchas fratricidas malgastan su valor.

## ELEGÍA .

INSPIRADA POR LA MUERTE DE MAXIMILIANO,

EMPERADOR DE MÉJICO.

---

Bien puedes, alma mia,  
Velando tu alegría,  
En silencio gemir con los que gimen,  
Y al par horrorizada  
Execrar indignada  
La torpe acción de abominable crimen.  
Cayó el varón augusto,  
Cayó el príncipe justo,  
Por inicua traición al fin vencido,  
Y con fiera pujanza  
Sació en él su venganza  
El vencedor soberbio y engreído.

Que ni aún le fuera dado  
Cual noble y cual soldado  
Morir luchando en el combate duro,  
Y, ejemplo de su raza,  
De la sitiada plaza  
Quedar inerte sobre el roto muro.  
No há mucho que de Europa,  
En la gallarda popa  
De velero bajel armipotente,  
En paz se despedía  
Y el rumbo dirigía  
A las remotas playas de Occidente.  
Que allá en lejana zona,  
De espléndida corona  
Le prometieron la grandeza suma;  
Mas no poder soñaba,  
No riquezas buscaba  
En la patria infeliz de Motezuma.  
De un pueblo desdichado,  
Con paternal cuidado  
Vida infundir al extinguido brío,  
Y sin afán ni encono,  
Dejarle en prenda un trono,  
Emblema de su nuevo poderío.  
Tal fué el sublime intento  
Que, con bizarro aliento,  
Se propuso en su pecho valeroso;  
¡Víctima desgraciada,  
En aras inmolada  
De un pensamiento grande y generoso!

El águila del Sena  
 Que en torno de él serena  
 Batiera un tiempo el indomable vuelo,  
 Ante el contrario bando  
 La cabeza bajando,  
 Desamparóle en extranjero suelo.  
 El dolo y la falsía,  
 La vil hipocresía  
 Y la traicion, juntáronse en su daño;  
 Y para aquel que sólo  
 Siguió de honor el polo,  
 Es agudo puñal el desengaño.  
 Cayó y con él cayeron  
 Los que á su lado fueron  
 De lealtad modelo y de constancia,  
 Y otros hombres se alzaron  
 Apenas se ausentaron  
 Las humilladas huestes de la Francia.  
 ¡Cuánto de llanto y luto  
 Ofrece por tributo  
 Méjico triste, abandonada y sola;  
 Y cuánta horrible afrenta  
 Ha de llorar quien sienta  
 En las venas hervir sangre española!  
 El indio tosco y feo  
 Lanzó atroz clamoreo  
 Que de un mar á otro mar furioso zumba,  
 Y á sus piés impotente  
 Cayó la noble gente  
 Vencedora en Tlascala y en Otumba.

Mas no porque orgulloso  
 El roble poderoso  
 La furia burle de huracan sañudo,  
 Podrá en supremo instante  
 Resistir arrogante  
 A la segur del leñador forzado.  
 Cuando el bando altanero  
 Ceda al destino fiero,  
 En mil parcialidades dividido,  
 Vendrá otra raza fiera  
 Que ya en acecho espera,  
 Como lobo á la presa apercebido;  
 Y el nauta que hacía el puerto  
 Dirija el rumbo cierto,  
 Abandonando audaz playas distantes,  
 Pondrá vana porfía  
 En encontrar la imágen de María  
 Y en escuchar la lengua de Cervántes.

AL SOLITARIO.

---

A tus soledades voy,  
De mis soledades vengo,  
Porque soledades tuyas  
Cautivan mis pensamientos.  
No sé qué tienen tus frases,  
No sé qué tienen tus versos,  
Que agradan á los indoctos  
Y placen á los discretos.  
Virtud y filosofía  
Resplandecen en tu ingenio;  
Para encontrar lo segundo,  
Hay que buscar lo primerò.  
Muchos hay que nacen sabios,  
Porque así lo dicen ellos;  
Y con tanto como saben,

Ignoran los Mandamientos.  
La impiedad no es cosa nueva;  
El error es vicio añejo;  
La ignorancia y la mentira  
Son achaques de los tiempos.  
Y en esta lucha incesante  
De pasiones y de afectos,  
El cálculo va ganando  
Y el espíritu perdiendo.  
Si aún el mundo no está loco,  
De fijo no va muy cuerdo,  
Cuando á la materia cede  
Lo que niega al sentimiento.  
Tú, conociendo á los vivos,  
Envidiabas á los muertos;  
Yo envidia á quien los envidia,  
Y á mi experiencia me atengo.  
Cuando infortunios llorabas  
De aquel insigne barquero  
Que vió su nave perdida  
Sin jarcia, vela ni remo,  
No pensabas, de seguro,  
Que naufragios tan horrendos  
Pudiesen mirar los hombres,  
Impávidos y serenos.  
Hoy borrascas y huracanes  
A ninguno infunden miedo,  
Que poco importan las almas  
Con tal que floten los cuerpos.  
Como al cabo la conciencia

Es cosa de poco peso,  
 Mucho mejor que á lo antiguo  
 Es vivir á lo moderno.  
 Ya no hay en Flandes campañas,  
 Ni guerras con agarenos;  
 No hay gallardos trovadores,  
 Ni hay andantes caballeros;  
 No se deshacen agravios;  
 No se enderezan entuertos;  
 No se lucha con gigantes,  
 Ni malandrines soberbios;  
 Pero ambicion y codicia  
 A manejar aprendieron  
 La mentira y la calumnia,  
 Que dan golpes muy certeros.  
 ¡Cómo cambian las costumbres,  
 Cuál se mudan los imperios,  
 Cuál se corrompen las gentes,  
 Cuál se envilecen los pueblos!  
 La verdad está en un pozo,  
 Dijo un filósofo griego,  
 Que por no morir llorando  
 Pasó la vida riendo.  
 Acaso el por qué adivino  
 De odiarla los embusteros;  
 Desnuda se la encontraron,  
 Y la esquivan por honestos.  
 Que siempre la hipocresía  
 Fué á otros pecados siguiendo,  
 Porque al fin todos los vicios

Son como hermanos gemelos.  
 Yo, la tormenta esquivando,  
 Desde la playa contemplo  
 Cómo se encrespan las olas,  
 Cuál rugen aquilon soberbio.  
 Son la quietud y el reposo  
 Mi natural elemento;  
 La esperanza es quien me lleva,  
 Es la fé mi único puerto.  
 Sé que en la tierra se busca  
 El oro á fuerza de hierro,  
 Y quien desciende á encontrarlo  
 Se va alejando del cielo.  
 Por eso en mi medianía  
 Vivir oscuro pretendo,  
 Sin que me cansen los tontos  
 Ni me persigan los necios.  
 Y así, con esto que digo  
 Y algo que paso en silencio,  
 A tus soledades voy,  
 De mis soledades vengo.

## LOS ÚLTIMOS VERSOS.

---

Si tu nombre, oh musa mía,  
Va estas páginas guardando  
    En la primera,  
No de mí digna sería,  
Tu memoria desdeñando  
    La postrera.  
Tú que vas siempre conmigo,  
Tú en quien jamás veleidoso  
    Amor se muda,  
Otra vez oye á un amigo,  
Que de nuevo cariñoso  
    Te saluda.  
Alma buena entre las buenas,  
Corazon limpio y exento  
    De temores,

En tí acaban negras penas,  
En tí viven el contento  
    Y los amores.  
Tan dulces como á tu amante  
Las caricias de tus mimos  
    Regalados,  
No son al árabe errante  
De la palma los racimos  
    Apiñados.  
Jamás hubo humana hechura  
Que contigo seductora  
    Compitiera,  
Ni es cual tú radiante y pura,  
La estrellita, de la aurora  
    Mensajera.  
Sin tu amor mi pensamiento  
Se mostrara siempre esquivo  
    A la alegría;  
Porque yo sin tí no aliento,  
Porque yo sin tí no vivo,  
    Musa mía.  
Nunca pudo darme enojos  
Que tu rostro peregrino  
    Se escondiera;  
Pues yo con cerrar los ojos,  
Te presiento y te adivino  
    Por do quiera.  
En mis dulces ilusiones,  
Tus rasgos se me presentan  
    Halagüeños,

Como esas raras visiones,  
 Que van, vienen y se ausentan  
     Entre sueños.  
 Y con fé que triunfo augura,  
 En tu amor y tus favores  
     Confiando,  
 Nave soy, firme y segura,  
 Que huracanes bramadores  
     Va burlando.  
 Vivir para no adorarte;  
 Despreciar tu deliciosa  
     Compañía;  
 Conocerte y olvidarte,  
 No fuera posible cosa,  
     Musa mia.  
 Recibe, pues, el tributo  
 Que te ofrece, de ternura  
     Verdadera,  
 Quien llevara eterno luto,  
 Si por atroz desventura  
     Te perdiera.  
 Tuyo es lo que á mi cariño,  
 Por mejor y más hermoso  
     Se le alcanza:  
 Las impresiones de niño,  
 Del bien tras que voy ansioso,  
     La esperanza.  
 Ajeno á toda grandeza,  
 De mi buena ó mala suerte  
     Por desvío,

Yo no tengo en mi pobreza,  
 Yo no tengo que ofrecerte  
     Nada mio.  
 Tuyas son, musa querida,  
 Porque allí tu genio imprimes,  
     Mis canciones;  
 De mi sér y de mi vida,  
 Las mas santas y sublimes  
     Emociones.  
 Con la fé de un pecho hidalgo,  
 No con frase lisonjera,  
     Yo te arguyo;  
 Cuanto puedo y cuanto valgo,  
 Cuanto he sido y ser pudiera,  
     Todo es tuyo.  
 Dame en cambio que contento  
 Goce siempre de tu amante  
     Compañía;  
 No me dejes un momento,  
 No me olvides un instante,  
     Musa mia.

## ÍNDICE.

---

	Págs.
La primera página.....	7
Serenata.....	11
El Invierno.....	14
A un pensamiento.....	18
Despues de una nevada.....	21
A una nube.....	24
En un álbum.....	27
Expiacion.....	30
A Cervántes.....	35
El castillo de Pau.....	41
Soneto.....	44
A un arroyo.....	45
En el álbum de la señorita D. <sup>a</sup> María Antonia Ossorio.....	49
Ruinas.....	51
A la señorita D. <sup>a</sup> María Segunda Eulate.....	55
A.....	58
La limosna.....	63
Las campanas.....	66
A.....	67
Oriental.....	71

A la victoria del Callao.....	75
A la señorita D. <sup>a</sup> María Cristina Muñoz y Remisa.....	80
A Pio IX.....	82
A una flor marchita.....	83
A la Virgen.....	87
A D. Francisco J. de Salas.....	92
El motin.....	93
A una nave.....	96
Ausencias.....	98
La Sabiduría.....	104
El sueño de un loco.....	108
La cascada.....	113
A la señorita D. <sup>a</sup> Pilar Elio.....	116
A.....	119
En el álbum de la señora marquesa de Casa Torres....	123
A la luz del crepúsculo.....	126
El Estío.....	131
Cancion.....	135
La vuelta del caballero.....	139
La torre de la iglesia.....	142
Un mensaje.....	146
Un viaje.....	148
Elegía.....	150
El Solitario.....	154
Los últimos versos.....	158

